



EL REGALO
DE NAVIDAD
LA MUÑECA
DESEADA

Plus Ultra

JUGO DE UVA

Armour



Como refresco: ideal. Como agente curativo: los médicos lo recomiendan. Como bebida sana y altamente digestiva: los niños lo toman en cualquier cantidad. Los niños DEBEN tomarlo.

El jugo de Uva "Armour" se obtiene de una clase especial de uva, científicamente cultivada para este solo objeto, y su fabricación absolutamente escrupulosa—sin alcohol de ninguna clase y sin que el precioso fruto pierda sus altas condiciones curativas y saludables—es la razón de su éxito sin precedentes en el mundo. La razón de su fama.

INSISTA SIEMPRE EN QUE LE VENDAN "ARMOUR"

UNA CACERÍA DE COCODRILOS EN EL PARÁ



En algunas provincias del antiguo Egipto habían hecho del cocodrilo un animal sagrado al que se veneraba como a un dios. El centro de este culto estaba en la ciudad de Arsinoe, que por esta razón tomó el sobrenombre griego de Krocodilopolis. Pero en otros distritos los indígenas perseguían de muerte al terrible reptil.

Se ha querido explicar esta diversidad de opiniones, diciendo que existían dos especies de cocodrilos distintas: una la de los malos, la de los buenos otra. Sin embargo, hay cinco variedades en el Nilo.

Lo único que se ha podido observar es que con las primeras oleadas de la creciente del río, vienen envueltos muchos cocodrilos, llamados «shak» en la antigüedad. Esta aparición era, pues, de buen agüero; parecía que los cocodrilos arrastraban al Nilo, trayendo el desbordamiento anual que fecundaba y fecunda las tierras del Delta.

Sea lo que fuere, resulta que el cocodrilo, como en numerosas aldeas de la India cuyos habitantes le tienen por el dios familiar, «deota», obtuvo un respeto que en verdad no mereció nunca. En vida se les adornaba con joyas, y muertos eran embalsamados cuidadosamente, mientras innumerables egipcios de las clases trabajadoras y los esclavos sólo tenían por adorno las señales del látigo y

únicamente se les momificaba metiéndoles en un baño de betún.

Aquellos tiempos han pasado, el feísimo reptil es ahora un ídolo caído. Los negros de Africa lo cazan para comérselo y para perfumarse, pues el cocodrilo, según ellos, tiene una carne deliciosa, y posee glándulas que segregan una especie de almizcle. También tiene ciertas virtudes medicinales, sirviendo para fabricar adornos los dientes y la piel en la construcción de sandalias.

Los hombres blancos le rinden aún culto cuando se les presenta bajo la forma de valija, cartera o cigarrera. A pesar de eso, el cocodrilo es entre nosotros el símbolo de la hipocresía asesina. Una tradición antiquísima dice que llora antes de engullirse a un hombre, como si se viera obligado a cumplir un doloroso deber. «Lágrimas de cocodrilo» llamamos a las lamentaciones de los tartufos que fingen pena, para ocultar su alegría y justificarse ante ellos mismos. Mas el cocodrilo tiene una altura moral superior a la de los fariseos. La naturaleza le ha dado dientes formidables que no sirven de cascanueces, precisamente. Y le gusta la carne humana, la carne de cañón, que vale tan poco, que es tan abundante y fácil de conseguir...

Valiente y ágil dentro del agua, cobarde y pesado en tierra, el cocodrilo cumple una misteriosa

misión, cuyo motivo aún no pudo el hombre descubrir. Espanta a todos los animales de buen tamaño; solamente el hombre se encarniza con él: jurando su destrucción. Tiene dos únicos amigos, uno en Africa, otro en América. Allí, el «curso rios», un pájaro de pequeño tamaño, le presta inapreciables servicios. Tendido en la arena, bajo la cálida caricia del sol, el reptil abre su boca enorme para que el cursorio le limpie cuidadosamente la dentadura con el pico, librándole de molestos insectos, crustáceos y gusanos. Un ave zancuda de cándido plumaje hace al cocodrilo americano este trabajo de dentista.

El tiburón de agua dulce, llamado entre nosotros yacaré, abunda en los ríos del Brasil, constituyendo una peligrosa plaga. En el Estado de Pará, donde se les persigue sistemáticamente, se ha llegado a reunir más de un millar de piezas cobradas en una sola cacería. Los cazadores van rodeándolos y a medida que el cerco se estrecha, los cocodrilos pierden su audacia y su valor, hasta el punto de dejarse degollar sin defensa.

Mr. Roosevelt, en aquella célebre excursión en que afirmaba haber descubierto el río Duvida (conocido ya por los geógrafos brasileños bajo el nombre de río Castanho), hizo con su terrible rifle de cowboy muchas víctimas cocodrilianas.

LOS PELIGROS DE LA DESESPERACIÓN

Ningún enfermo del estómago e intestinos, por crónica y rebelde que sea su dolencia, debe desesperarse. Muchos han consultado notabilidades médicas sin encontrar alivio, y al tomar STOMALIX del Dr. Saiz de Carlos, han recobrado la salud. Las fermentaciones anormales del estómago producen acedías y vómitos, que se corrigen inmediatamente con este medicamento. Quita las náuseas, ardores epigástricos, y la digestión se normaliza, el enfermo come más, digiere mejor y se nutre. Es de resultados positivos en las diarreas y disentería. Venta en Farmacias y Droguerías. Pidan folleto a CARLOS S. PRATS, San Martín, 66, Buenos Aires.



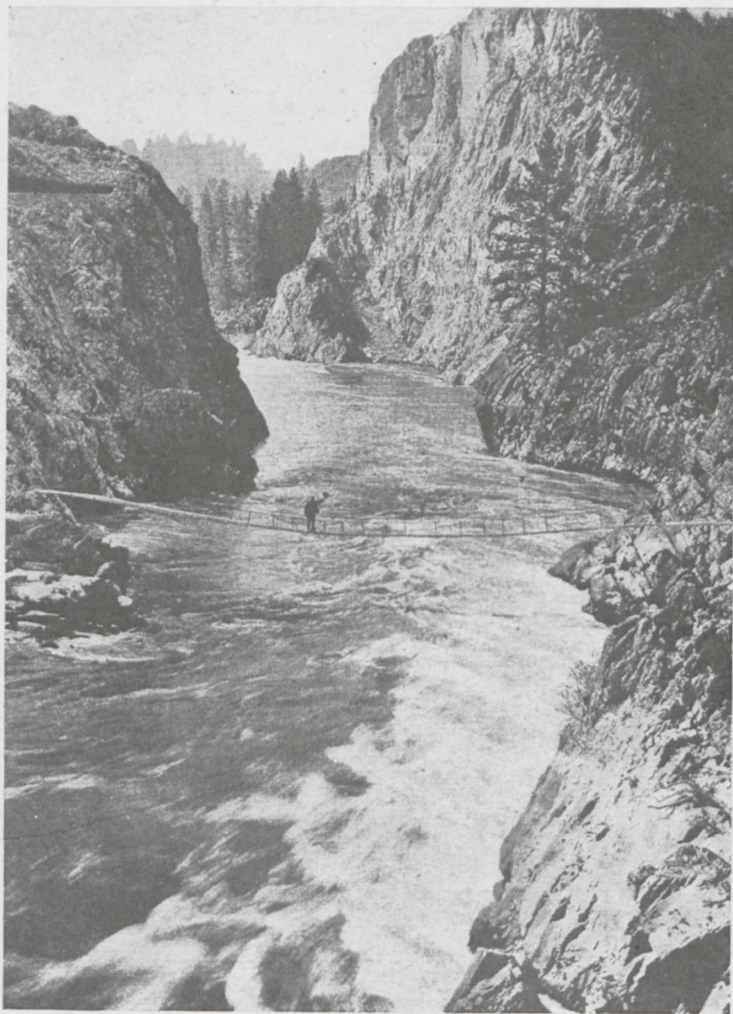


Note usted bien esto:

Después de medio siglo de perseverante y digna actuación, **Oporto DOM LUIZ** ha conquistado la plataforma del éxito y recibido la consagración de la alta sociedad, de los médicos y de las madres, que gracias al agradable tonificante han restablecido la salud de sus hijos adolescentes.

Fíjese bien en la botella que indica el grabado adjunto y pida claramente a su proveedor:
Oporto DOM LUIZ.

**LA GARGANTA DE LA "SPOKANE RIVER"
EN EL ESTADO DE WASHINGTON**



UN PUENTE COLGANTE QUE PARECE HECHO CON TELA DE ARAÑA.

A primera vista se creería que los constructores de este frágil y atrevido puente obedecieron a los mandatos del sentimiento artístico, no queriendo romper con el esqueleto rígido y feo de un arco metálico, la armonía del paisaje. La verdad es más prosaica. Lejos de las ciudades y de las grandes vías de tráfico, en aquellas solitarias tierras americanas, donde un puente costoso nunca podrá reportar los beneficios pecuniarios que deben exigirse a toda obra, el hombre ingenioso ha de substituir al ingeniero.

Los agricultores, mineros y otros pioneros de la civilización que viven a orillas del Spokane river, en el Estado de Washington, que necesitan atravesar ese río, han sabido vencer el obstáculo, a fuerza de atrevimiento.

Es una obra que merece siquiera un capítulo firmado por el genio que en nuestros tiempos mejor supo cantar las glorias de las empresas imposibles. El autor de «Los trabajadores del mar» hubiera descrito maravillosamente el esfuerzo de paciencia e ingenio que supone esta labor.

¿Quién fué el Gilliat de tan magna obra? Justo sería que la prensa norteamericana hubiese realizado una información sobre ese motivo. Tal vez nunca se conozca el nombre o los nombres de los esforzados varones que burlaron el propósito del río, pasando por encima de él.

Antes de que la estrecha y delgada plancha fuese tendida sobre dos alambres de cobre en su largo de treinta y tres metros, el Spokane river había servido de tumba a muchos hombres. El río, tranquilo a veces, furioso otras, llenaba aquellas gargantas aislando a los habitantes de una y otra orilla, que necesitaban buscar, aguas abajo y aguas arriba, vados distantes.

Estas clases de puentes son muy comunes en Africa, en los sitios donde el progreso no hizo su aparición. Pero debieran ser raros en el civilizado y rico país norteamericano.

Pasar este puente no resulta obra que pueda acometer cualquiera. El peso de una sola persona le hace cimbrarse de un modo bastante inquietante, y el viento le balancea como un barco. Añádase que la corriente mirada desde la débil planchada es capaz de producir vértigos a la cabeza mejor dispuesta a resistirlos. Los habitantes del país, por prudencia, no se aventuran más que de dos en dos. Necesitase una larga práctica para poder utilizar los servicios del puente,

Constituyendo, pues, un ejercicio que además de los riesgos ya apuntados ofrece el peligro de una rotura posible, no es de extrañar que los hombres ávidos de emociones aprecien debidamente la importancia de la pasarela tendida sobre el Spokane river. Los turistas lo conocen y acuden allí para hacer la imprudente travesía.

Por este motivo los habitantes de aquellos contornos miran con orgullo su puente que no cambiarían, artísticamente hablando, por el célebre puente de Brooklyn.



Donde una madre es reina... reina "Pabst"



Harrods

ha seleccionado con criterio artístico y práctico una valiosa serie de juguetes y artículos para regalos, que ofrece a precios estimados los más módicos, dada su riqueza y bondad insuperables

Guantes hilo de Escocia, gran surtido en colores, blanco y negro, calidad superior, 3 botones, el par \$ 2.20
Guantes de seda, puntas reforzadas, clase extra, en blanco y negro solamente, corte elegante, 2 botones, el par \$ 3.50
Guantes de seda, puntas reforzadas, surtido en colores blanco y negro, calidad muy fina, 2 botones, el par \$ 2.90
Guantes de seda, puntas reforzadas, en colores de moda, blanco y negro, muy buena calidad, 16 botones, el par \$ 4.50
Bolsitas de seda, alta novedad, a \$ 42.—, 36.—, 30 y \$ 25.—
Carteras de cuero, formas modernas, a \$ 40.—, 30.—, 28.— y \$ 24.—
Sombrillas de satiné, con volados, colores surtidos, a \$ 6.90
Sombrillas de seda, forma japonesa, con voladitos, a \$ 19.50
Abanicos finos, de última novedad, de nácar, a pesos 75.— y \$ 30.—
Abanicos de madera fina o de hueso, a \$ 12.50, 8.50, 6.50 y \$ 4.50
Costureros de mimbre y cuero, a \$ 40.—, 35.—, 28.— y \$ 19.50
Estuches con útiles de toilet para automóvil, a pesos 22.—, 18.—, 14.— y \$ 8.50
Estuche de 3 piezas, Imperial Acacia, perfumería Sauzé, compuesto de: 1 caja de polvos, 1 loción, 1 extracto, a \$ 25.—
Estuche de 3 piezas, perfumería Suazé, en los perfumes clavel, rosa, jazmín, heliotropo, lilas, muguet, violeta, mimosa, cyclamen, compuesto de: 1 caja polvos, 1 loción, 1 extracto, a... \$ 26.50
Estuche de 4 piezas, perfumería Sauzé, jazmín o lilas, compuesto de: 1 caja polvos, 1 loción, 1 extracto, 1 jabón, a \$ 29.50

Estuche de 3 piezas, perfume Antea, perfumería Sauzé, a \$ 29.50
Estuche de 4 piezas, perfume Antea, perfumería Sauzé, a \$ 32.50
Estuche cartera de cuero, con 4 piezas, perfume Caoudray, compuesto de: 1 caja polvos, 1 extracto, 1 espejito, 1 cisne, a \$ 12.50

Gran variedad en estuches con espejos para toilette, juegos de frascos y necesaires para uñas, en carey, marfil o nácar.

Juegos para té, de puro hilo, fondo blanco con guarda de color, celeste, rosa y oro, de 1.50 por 1.50, con 12 servilletas, a \$ 16.—
Juegos para té, blancos, cullote de hilo, bordados y vainillados, de 1.50 por 1.50, con 12 servilletas, a \$ 26.25
Juegos para té, vainillados, en fondo de color, con dibujos de fantasía, de 1.60 por 1.60, con 6 servilletas, a \$ 19.75
Almohadones en tul bordado, con volados finos, en color físel, artículo de gran novedad, a \$ 50.— y \$ 40.—
Almohadones en color, con cordón seda y flores bordadas, variadísimo surtido en diseños muy nuevos, artículo muy indicado para regalos, a pesos 32.50 y \$ 30.—
Bomboneras y canastas, forradas en seda, con encajes y rosas rocócó, a \$ 30.— hasta \$ 14.—
Cajas de madera citronier, con chapa y cierre de plata, de \$ 50.— hasta \$ 35.—
Cajas de cuero, con miniaturas de porcelana y figuras antiguas, de \$ 25.— hasta \$ 8.—
Gran surtido en bomboneras, floreros y cachepot, en cristal artístico de Nancy, de \$ 120.— hasta \$ 16.—

JUGUETES

Crackers "Tom Smith", con sorpresas muy novedosas y de gran entretenimiento para las clásicas reuniones familiares de Navidad, Año Nuevo y Reyes. La caja de 12 crackers, desde \$ 6.50 hasta pesos \$ 1.—
Medias "Santa Claus", con una gran variedad de juguetes para niñas y niños. Cada media, desde \$ 29.— hasta \$ 0.55
Precioso y variado surtido en animales de paño o felpa, de perfecta imitación, c/u., según tamaño, desde \$ 37.— hasta \$ 3.—
Muñecas "Bebé Jumeau", las mejores que se fabrican, con cabeza de biscuit, pelo natural, con vestidos elegantes, c/u., según tamaño, desde pesos 180.— hasta \$ 42.—
Muñecas vestidas en otras clases, surtido de gustos y tamaños, desde \$ 47.— hasta \$ 1.95
Muñecos irrompibles, de pasta o género, imitando clowns, tonys, etc., desde \$ 21.50 hasta \$ 2.10
De gran actualidad, muñecos imitando soldados de los ejércitos aliados, a \$ 6.—
Panoplias Militares con los uniformes de los ejércitos: Argentino, Inglés, Francés, Ruso, Belga, Serbio e Italiano, en sus diferentes armas, desde pesos 49.— hasta \$ 10.—
Fusiles de aire comprimido, con carga a munición o flecha, a \$ 11.—, 8.90 y \$ 6.50
Otras clases, a \$ 4.—
Carretillas de latón, muy bien pintadas y con útiles para jugar en la arena, a \$ 15.—, 9.50 y pesos 6.—
Automóviles, inmenso surtido de fabricación inglesa y francesa, en madera pintada a fuego, con manejo a brazos o a pedal, variedad de tamaños y modelos, desde \$ 195.— hasta \$ 40.—

El departamento de JUGUETERIA en HARRODS, tiene por el momento carácter transitorio. Esto significa que el surtido de JUGUETES que exhibimos es absolutamente nuevo y que el stock debe agotarse por completo al finalizar la época de venta.

Sus precios han sido marcados sumamente bajos.

Agencia en MAR DEL PLATA, San Martín, 2465 - Unión Telef., 292 (Mar del Plata)

FLORIDA, 877

Harrods

PARAGUAY, 554



Plus Ultra

AÑO I.

NÚM. 8.

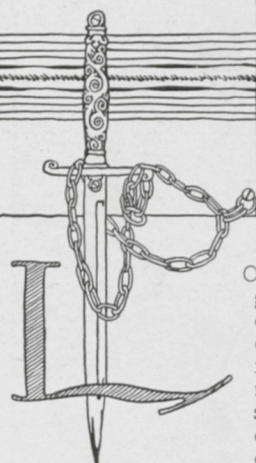


EN LA ESTANCIA

UN BUEN ÁRBOL DE NAVIDAD

CUENTOS CRIOLLOS

POLITI- QUERA



OS situacionistas daban gran fiesta; carne con cuero, taba y beberaje a discreción, visto la proximidad de las elecciones. En cambio los opositores carecían de tal derecho, y con pretexto de evitar jugadas prohibidas por la ley, las autoridades obstaculizaban todo propósito de reunión.

En un boliche, a orillas del pueblo, juntáronse desde las once a. m. los apurados en retobar el buche. Los principales dijeron algunas palabras hostiles contra la canalla opositora; cantó un payador versos laudativos para el «cabeza del partido»; jugóse a la taba para mal de muchos, y se bebió, a perder aliento, en los gruesos vasos turbios, salpicados de burbujas cuya efervescencia detuviérase en el enfriamiento del vidrio.

Con la luz diurna fué la alegría ingenua. Ya habían cruzado, como tajeantes relámpagos de bravuconería, algunos conatos de riña entre la gente mala, pero todo hasta entonces fué sólo pasajera alarma.

¿Cómo podía seguir así la calma? Estaba Atanasio Sosa, cargado de dos muertes y muchos hechos de sangre; Camilo Cano, mal pegador temido por la crueldad, visible en sus pupilas sin mirada; Encarnación Romero, estrepitoso de provocaciones, y sobre todo Reginaldo Britos, el bravo negro Britos, siempre dispuesto a pelear, inútil de bebida pero involteable, resistente a las puñaladas como una bolsa al calador.

¿El negro Britos?... Ni preguntarse que sortilegio podía mantenerlo en pie, malgrado el centenar de mortales cicatrices que hacían de su pellejo un entrevero de surcos claros e irregulares. Contra él se ensayaban los novicios contando con la inseguridad de sus arremetidas pesadas de ebriedad tambaleante, que le convertían en blanco seguro.

¡Pobre negro Britos! Ya estaba ebrio y no salvaría de alguna funesta reyerta.

Hablábale yo para distraerlo, de caballos, arreos, trenzados, o pagos lejanos, y él me escuchaba con visible esfuerzo en sus cejas, caídas hacia el rincón exterior de sus ojos, como dolorosos subrayados de su frente ceñida por el lauro de un gran tajo.

De cuando en vez comentaba con jocosa irrupción mis decires, mientras parecía abstraerse en previsiones de un hecho venidero.

A nuestra espalda, remolineó la gente y alzaron las voces. Atanasio Sosa, hinchadas las narices de una repentina furia inexplicable, parecía contestar a una agresión que en realidad no existía.

— ¡Me van a asustar negros grandotes porque se disen duros donde encuentran blanduras!

Columbré la alusión. Parado muy cerca, en la

rueda abierta en torno al malevo, vi a mi peón Segundo Sombra, mirando con ojos que fingían sorpresa. El era, sin duda alguna, el desafiado y me apresuré, olvidado de Britos, a intervenir impidiendo un cercano desenlace.

— A palos se soban las guascas duras... — decía Sosa.

Don Segundo era hombre tranquilo; haciéndose el desentendido asentía fingiendo admiración:

— ¡A la pucha!... Yo siempre dije que usted era hombre malo... pero seré curioso... ¿Usted maniará la gente primero?

Los que se atrevieron a reír lo hicieron a pasto. Sosa, en el fondo temeroso ante don Segundo, agregaba:

— ¡No!... si yo sé por quién lo digo.

¿Cómo fué? No sé decirlo; pero Sosa y Britos se encontraban de pie, cara a cara mirándose a voltearse.

Sosa sacó un revólver. Britos resbaló un pequeño cuchillo de su vaina; el vacío se hizo a su alrededor por miedo a las balas, y ¡oh triste idea de borracho! Britos tomó del respaldo una silla,

apuntando las cuatro patas hacia su enemigo, pretendiendo escudarse con la esterilla, mientras avanzaba buscando un cuerpo a cuerpo.

Y se consumó, en unos minutos de asombrada inmovilidad general, la inmunda cobardía.

Sosa le enterraba sus plomos en el vientre. Britos avanzaba en zig-zag, parado en seco a cada choque de los proyectiles, pero sin caer, chapaleando en su sangre chorreante, hasta la extinción de su vigor, quedando atravesado sobre su silla, caída de pie por milagro, como una res carneada.

Hubo alboroto; vinieron las autoridades, y un médico que revisó al caído, tras prolijo examen, dijo: — ¡Este se muere!

Britos abrió los ojos, sonrió y la pronunciación entorpecida de alcohol y agonía respondió con lento enojo.

— ¡Diez a uno a que no!

Pero no hubo más, dada la gravedad de cada boquete que le perforaba el cuerpo dijéronle moribundo y se moriría.

Entonces las autoridades se miraron con un mismo pensamiento: «si este desaparecía sin remedio, habría que salvar al otro haciendo recaer en el proceso todas las culpas sobre Britos.»

Así fué; pero, ¡oh inverosímil brujería! Britos no quería morir y no murió, de modo que al encontrarse a plomo sobre sus piernas todavía débiles, fué a pagar con dos años de cárcel los balazos que Sosa le pegara.

Nunca olvidé esta infamia, a la cual había asistido para mayor crecimiento del odio que profesé siempre por los caudillejos rufianescos, de nuestros logreros métodos políticos.

Pasaron los dos años sin paliar mi enojo ni mi piedad por Britos, cuando una tarde, saliendo del pueblo en dirección a la estancia, mientras cruzaba frente al boliche de «Las palomas» vi a un ebrio, facón en mano, haciendo chispear las baldosas a grandes rayones.

— No hay bala que le dentre al negro Britos, ni cuchillo que le alcance al alma.

Nadie respondía del interior a los desafíos. Britos, recién librado de la cárcel, seguía rayando las baldosas, convidando a todos para la pelea.

¡Dios te ayude, hermano!

DIBUJOS DE FORTUNY.

RICARDO
GÜIRALDE



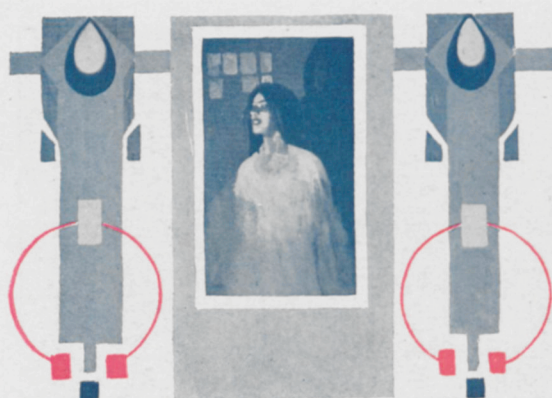


ARTE MODERNO

MUJER ÁRABE
ACUARELA DE SOROLLA

DE LA GALERÍA DE LA SEÑORA MARÍA J. DE SANTAMARINA





EN LA PRISIÓN.

I

De la escuela vecina llega un vocerío infantil, claro tumulto de metales. Se prolonga en ecos precisos por los corredores, vastos y umbrosos corredores del que fué solar rico, ahora cerrados, en la arquería que da al jardín, con altas rejas en las que se recuestan romeros y albahacas. Y aunque a esa hora mediana sahuman al caserón olores de vega tropical, evocando como una placidez eglógica, se sabe por el silencio austero, por la regularidad de los movimientos y las actitudes fatigadas de las que allí viven, que se está en una cárcel. A poco, se siente que a aquellas mujeres ilusiona una esperanza que de tan lejana apenas es consciente, o pesa sobre ellas una resignación que se va haciendo indiferente a todo. Les cuesta pronunciar las palabras, y en la monotonía de su vida, el silencio cobra la naturalidad de una costumbre. De vez en cuando, en voz baja, las reclusas se cuentan su historia. Y como las suertes iguales y comunes las han despojado de vanidades, tienen sus frases, dichas sin odio y sin pena, una fácil y tranquila sinceridad:

- Yo tenía una casa...
- Me pegaba...
- Aquella noche fatal...
- Iban mis hijos a la escuela...

En verdad, que son muchas las que recuerdan a sus hijos cuando iban a la escuela... Entretanto, como aletazos de muchos pájaros que golpean en el silencio, llega en confusión alegre el ruido de las voces jóvenes. Y algunas reclusas se apoyan en las rejas. Levantan la mirada al cielo, siempre puro y luminoso cuando se ve desde la prisión, y escuchan ansiosas la algarabía infantil. Iluminan los ojos, en los que, poco a poco, ha puesto la prisión veladuras inexpresivas y la palidez de los rostros desfallece en rosas tenues. Sin quererlo, las manos se crispan en los hierros. El bullicio de los niños es para ellas como matutino aire de campo, fugaz aurora. Son las madres.

Y rememoran el hogar, el trajín matutino, las carteras abultadas por la merienda, y cómo, desde la puerta de calle, los seguían largamente con las miradas hasta que, doblando la esquina, desaparecía la mancha blanca de sus delantales. Una de ellas no ha podido reprimir un grito breve, inmovilizada en su actitud de intensísima expectativa: en esa muchedumbre de voces ha oído una, aislada, clara, que ella sola pudo oír, igual, igual a la de su hijo por tanto tiempo no visto... Ha sonado de nuevo la campana de la escuela. Se ahoga súbitamente todo rumor. Pero ella sigue oyendo todavía, dentro de sí, ese grito amado, un solo grito que no dijo nada, y en el que cantan todas las canciones.

II

Es de tarde, blanca y dorada tarde de verano. Un lado de la sala es toda vidriera; por un cuadro de ella, que no tiene vidrio, vese un poco de fronda: una rama de álamo, dorada de sol, se balancea rítmicamente, toda trémula, sobre un fondo muy azul. Y esa rama verde, y ese pedacito de cielo es, para las reclusas, todo el mundo, con su cielo maravillosamente profundo. Si por acaso un pájaro sobresaltara las hojas, todas por verle alzarían las cabezas, con pueril asombro. Nadie habla. Es el obrador de la cárcel. En la pared, muy blanca, con luz que viene de lo alto, hay cuadros antiguos de ancha y lisa varilla negra; son estampas de santos: uno, de ingenuo rostro de niño, genuflexo junto a un cordero; otro, de esclavina azul y alto cayado, señala una morada llaga en la rodilla, mientras sus ojos miran, implorantes, las vigas del techo, también muy blancas. Sobre una mesa se amontonan piezas de lienzo azul: a los extremos de la mesa, dos máquinas trabajan con precipitada laboriosidad, orillando género que cae sobre los pies de la obrera en ampulosa brazada

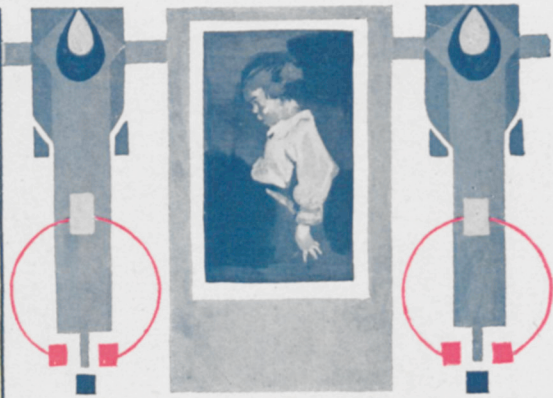


que se mueve junto con los pedales. Cosen unas con meticuloso ensimismamiento. Sobre las cabezas inclinadas de éstas vuelan las miradas de sus compañeras en envíos de muda conversación. En un rincón, una reclusa, de alta frente, ojos de lento mirar levemente velados, rostro muy blanco con sombritas celestes, hace bolillos, puesto el almohadón sobre las rodillas. Y acelera de pronto, con prisa precipitada la minuciosa labor, que, a poco, pierde viveza, se atarda y finalmente las manos quedan quietas, teniendo cada una, inmóvil, los palillos tejedores con los hilos tendidos. Fija en ellos la mirada, son las dos hebras como sonditas por donde se van los pensamientos de la obrera: sutiles caminos del recuerdo. Van por los hilillos los pensamientos, suben en el haz de claridad, salen por la ventana, atraviesan las calles bulliciosas, entran sin llamar en una casa callada, se dirigen a donde una cama de niño, se inclinan ansiosos sobre una cabeza infantil, serena y plácida...

— María Alejandra tiene el mal de los hijos, — ha murmurado brevemente una compañera que luego de observar al desgair a la mujer ensimismada, reanuda con indiferente naturalidad el trabajo. Y como las primeras sombras llegan, suena la campana de la cárcel que llama a retiro. Y acaso sea ilusión, pero bien parece que esta vez tiene un sonido igual a la otra, la que suelta el vendaval de las risas colegiales.

III

— ¡Lo he oído toser! ¡Es su tos! ¡Otra vez! ¡Otra vez! María Alejandra se ha incorporado en el lecho misero, presa de desesperada angustia. Sus ojos buscan, febrilmente ansiosos en la penumbra de la celda. De allí, de un rincón, ha partido, violento y convulso, el acceso de tos de un niño. Y los ojos, desconcertados, no ven allí más que la blanca pared de la celda. Una compañera, despertada a sus gritos, se le ha acercado, trayéndole apremios tranquilizadores.



— No hay nadie, María Alejandra.

— ¡La tos! ¡Le ahoga!

Y María Alejandra salta del lecho. Corre hacia el rincón de la celda que es todavía para ella rincón de su hogar perdido, que es todavía donde ve una cama pequeña y crispada en la baranda la mano de un niño. Tomándole una mano, la compañera tranquiliza e implora. Y están delante de la pared, desnuda, fría, imperativamente desconsoladora.

— ¡Me ha llamado! — dice María Alejandra.

Por cierto, que la compañera no sabe qué decir ante la honda sinceridad que hay en las exclamaciones que oye. Un poco confundida, se ha puesto a pensar si lo que dice es un breve delirio, nacido de los sueños, o si, de veras, María Alejandra, prodigiosamente aguzados sus sentidos de madre, ha sentido clamar por ella al hijo ausente.

Y he aquí que ambas, tomadas de las manos trémulas, en la penosa expectativa de una queja que debe venir de muy lejos, se han puesto a escuchar en la noche enorme.

IV

¡Día bendito! Una buena nueva han traído para María Alejandra. Buena nueva que abre rosas en sus mejillas y pone en sus ojos una cambiante vivacidad, un límpido brillo de piedra preciosa. Por fin van a permitirle ver a su hijo. ¿Qué importa la cárcel? La vida misma, ¿qué importa, si ha llegado por fin el momento en que todo su contenido cariño se encenderá en un beso, como un astro de súbito encendido? La cara presencia traerá en su cuerpecillo la libertad y el mundo que la ha proscrito. María Alejandra, transfigurada, ciega, corre por la galería cuya sombra seca las vidas. E imagina la actitud del pequeño, desasiéndose de la acompañante por arrojarle a sus brazos: alzado, pasará a través del ventanillo sus bracitos que ella oprimirá largamente contra sus labios... Le llamará con todas las palabras pequeñuelas con que le adormecía, y él, como antes, las irá repitiendo con balbuceo torpe y en la boca el gestillo que no sabe si reír o llorar.

Abre la portera el ventanillo en una hoja de la gran puerta de roble. Junto a él, del otro lado, en brazos de una mujer, el niño. Tiene abultada frente, ojos hundidos en altas órbitas y mentón delgado, de ángulo estrecho. Tiene grave expresión como si algo, una sola cosa, obsediera sus cuatro años tiernos y fatigados.

Y he aquí que María Alejandra pasa de pronto sus manos por el ventanillo y toma de sorpresa la cabeza infantil y la atrae hacia ella con dulce violencia.

— ¡Aquí! ¡Aquí!

Se desprende el niño y la mira asustado; ve la pálida cara de la madre que lo contempla suspensa de emoción. Ve la pálida cara y los brazos extendidos. Y no la reconoce.

— ¡Soy yo! ¿No ves? ¡Soy yo!

De nuevo María Alejandra trata de apoderarse de la cabeza del niño, en cuya carita ya al susto se hermana la fiera. El niño se retrae impulsivamente y se refugia en los brazos de la mujer que lo trajo.

— ¡Vamos! — exclama impaciente.

El niño la ha olvidado.

— ¡Vamos! — insiste sollozante.

María Alejandra, pálida y muda, se apoya desfalleciente en el portón sombrío: ¡La ha olvidado! Cada vez más nervioso, el niño quiere irse.

— Volveremos, — dice la mujer.

Pero María Alejandra no la oye. Siente que, más que la cárcel, la esquividad del hijo la ha separado del mundo. Y es entonces el suyo un gesto de sacrificio: con su propia mano cierra el ventanillo por el cual acaba de ver todo lo que la tiene unida a la vida.

Su figura inmóvil, en la actitud de esas estatuas marmóreas que custodian las puertas de los sepulcros, tiene una dulce claridad en la penumbra del corredor carcelario.

RICARDO MORTIMOR.

DIBUJO DE ALONSO.

VNA & MANCIÓN & COLONIAL EN CHILE



LA SEÑORA MARÍA LUISA MAC-CLURE DE EDWARD, Y SU HIJA MARÍA LUISA, DUEÑA DEL ARTÍSTICO PALACIO CUYAS DEPENDENCIAS REPRODUCIMOS. FOTOGRAFÍA HECHA EN PARÍS, HACE ALGUNOS AÑOS.

Muchos son los aristócratas de hoy que sienten un placer exhibicionista en amontonar en sus palacios de modernísima arquitectura muebles y objetos de arte antiguos, verdaderas joyas de otras épocas. Hay en esa fiebre de adquisición de cosas viejas, un deseo de demostrar riqueza al visitante deslumbrándole con un salón que vale una fortuna o un comedor de museo. Será necesario suponer también



LA PUERTA PRINCIPAL Y EL PARQUE INTERIOR. HACIA LA IZQUIERDA LA CAPILLA DE LA MANSIÓN SEÑORIAL.



EL GRAN PATIO INTERIOR DE LA CASA, VISTO DESDE EL SITIO MÁS ALTO DE ÉSTA. LOS CORREDORES, CON SU ARQUERÍA SOBRE EL PATIO, LAS PUERTAS ENREJADAS, LOS FAROLILLOS ANTIGUOS, TODO DA A LA REGIA CASA UN ASPECTO CONVENCIONAL.



UNO DE LOS COMEDORES DE LA CASA, AMUEBLADO REGIAMENTE: AL FONDO UNA GRAN ESTUFA SEMICIRCULAR, DOS ALACENAS DE MADERA LABRADA, UN BROCATO ANTIGUO Y DOS CUADROS DEL SIGLO XVII.

que un gusto artístico, un amor grande hacia lo antiguo y lo bello, ayuda a tal adquisición. Pero es preciso convenir que muy a menudo, — las más de las veces generalmente, — resultan chocantes para la vista aquellas salas forradas de raso, con sus puertecitas blancas y de pequeños vidrios cuadrados y biselados, repletas de muebles de la época de Felipe II. El efecto molesta; se admira la riqueza y el valor de todo aquello, pero se protesta contra la cultura escasa de aquel señor o aquella persona que ha amontonado en escenario tan moderno de una alegría insinuante, muebles y objetos que llevan en sí el sello de la gravedad austera de la época a que pertenecieron.

No siempre es posible encontrar una casa para tal objeto. Pero cuando se tiene fortuna suficiente para comprar antiguas sillas tapizadas de brocato en vez de modernos sillones de estilo alemán, bien se puede hacer esa casa. Y tal es lo que ha realizado una de las más respetables damas chilenas, doña María Luisa Mac-Clure de Edwards, convirtiendo su mansión de campo en un verdadero museo. Bajo su dirección personal, en los campos de San Isidro, en Quillota, una de las regiones más



LA ESPLÉNDIDA CAPILLA DEL FONDO DE SAN ISIDRO.

candelabros de plata, obra deliciosa de algún artífice de hace varios siglos; muebles de estilo Luis XV español, abanicos pintados y de marfil; porcelanas de Saxe y, en fin, mil cosas más producen en el que allí penetra el recogimiento de quien ha retrocedido a una época gloriosa, y la contempla con recogimiento y respeto.

Difícil es ofrecer una impresión exacta de aquella casa. Y por eso confío en que las fotografías que aquí van ayudarán más que lo dicho a suponer cómo es la mansión señorial de una gran dama de hoy, para quien el culto al pasado es casi una devoción, y que ha sabido conservar en sus virtudes morales, como en los estilos de su mansión, la pureza de otras épocas.

CARLOS F. BORCOSQUE S.



UNO DE LOS SALONES MÁS RICOS EN OBJETOS ANTIGUOS. SOBRE LA DERECHA GRANDES VENTANAS DE REJAS FORJADAS QUE SE ABREN HACIA UNO DE LOS CORREDORES. ADORNOS DE MADERA LABRADA DEL SIGLO XVII, ARCONES Y CAJUELAS ESPAÑOLAS, CANDELABROS DE PLATA, DE PIE Y DE PARED, SITALES DE ROBLE TALLADO, ESPEJOS ESPAÑOLES CON FIGURAS AL ÓLEO CONVIERTEN ESE SALÓN EN UN VERDADERO SANTUARIO DE ANTIGÜEDADES.



Don Nicasio Pajares, el dueño del establecimiento de campo *La María Laura*, era hombre de malas pulgas, al decir de las gentes del departamento de San Javier. Habíase hecho famoso en cuarenta leguas a la redonda como prototipo del patrón abusivo y tiránico para con los peones. Y no solamente éstos le temían el mal genio, sino hasta aquellas personas que por una u otra razón veíanse obligadas a mantener, ordinariamente, alguna relación con él...

¡En verdad que era todo un original personaje el tal don Nicasio Pajares!... Su repulsivo aspecto físico, las modalidades groseras, la carencia absoluta de buen sentido, sus irreflexiones, su indumentaria extravagante, que no cambiaba nunca, y hasta los hábitos sedentarios con que vivía, hacían de su persona la figura más antipática y ridícula que pueda forjarse la imaginación del lector. De una altura más que regular, combado de piernas, obeso, aunque ágil en el andar, con cincuenta inviernos que habían curtido su alma, decorado el rostro por los besos de las viruelas, azafranado el cabello, escondidos los ojos por un ceño torvo que le encrespaba las cejas, y bajo la nariz roma una boca contraída por cierto rictus despreciativo, que quince o veinte cerdas rojas por bigote hacían siniestramente cruel... Cuello de toro y manos de orangután... ¡Tal era la vera efigie del solitario y temible dueño de aquella estancia!... ¿Y su vestir?... En igualdad de condiciones con el físico: botas charoladas, pantalones color lienzo, saco montagnac o camisa almidonada, según la estación, y al cuello — eso siempre — una amplia corbata de lazo, amarilla como un canario hamburgués y con mucho vuelo en las flotantes puntas, que a cualquier ráfaga andábanle batiendo en los hombros como dos alas de mariposa; el látigo en la diestra, y algunas veces el sombrero de paja manila en la cabeza... Y una vanidad por todos los poros, que ya, ya...

...Y era de verle por las mañanas, a la salida del sol, con qué actitud enfática y soberbia ocupaba su sillón colonial de brazos, bajo el corredor de la casa solariega, para observar desde allí, con aire de inquisidor, el desarrollo de las diarias faenas de la peonada. Un indicio, que conjuntamente con una vieja salteña constituían su única servidumbre doméstica, cebábase mate. Y los matutinos ejercicios musculares del patrón, traducidos en mojicones y puntapiés, eran soportados con resignada pasividad por el «pampita», acostumbrado al mal trato, y que continuaba acarreado, sin una queja de dolor aunque empacado, el brebaje favorito.

Quién sabe qué prejuicio ancestral sobre el concepto de la vida y la sociedad humana pesaba en el cerebro del dueño de *La María Laura*; el caso es que él considerábase nacido para mandar arbitrariamente y creía que los demás debían obedecerle sin réplica. Tal era la base de su filosofía feudal, y de acuerdo con ella estaba el cartabón con que medía las cosas más insignificantes... En presencia suya, los peones, sin necesidad de desviar la atención de sus tareas, ya conocían por ciertos signos familiares al oído, cuando la tormenta, es decir el enojo, del patrón, estaba a punto de desencadenarse contra alguno de ellos. Primero era una tos bronca, con la que don Nicasio empezaba a componerse el pecho; luego unos gruñidos sordos, como de jabalí, que evidenciaban descontento en alguna cosa; el azotar del latiguillo contra las cañas de las botas... Y de repente el estallido violento; los rayos, los truenos, el diluvio...

Don Nicasio levantábase, si estaba en el sillón, y se iba en derechura hacia el infeliz que había ocasionado su ira... Increpábalo, furibundo; me-



CUADROS
DE VIDA
RURAL

La Corbata

tiale los puños crispados por la cara; llamábase animal, zopenco, inservible, zaparrastroso, y muchas cosas peores. Para ello tenía un vocabulario especial. Y hasta llegaba a sacudir de un brazo al interpelado o le daba un empujón... Y gracias que no pasara de ahí... Porque audaz, ¡vaya si lo era!... Que dijera si no el gringo Victorio, a quien había bajado el hombro de un garrotazo en cierta ocasión... ¡Guay del que le respondiera o intentase contradecirle!... Entonces don Nicasio no era más don Nicasio, ni nada... Perdía toda su dignidad; era una bestia. Pateaba; vociferaba; daba tres pasos para aquí; tres para allá... Convertíase en un epiléptico... Al lado suyo, el Vesubio en erupción resultaba un poroto; Orlando Furioso parecía un mimo vulgar... Allí iban, volando por el aire, cuantas prendas de recado, tijeras de esquilador, marcas, arcos y demás útiles de trabajo se encontraban al alcance de sus manos... ¡Aquí no manda nadie más que yo!, tronaba don Nicasio... Y seguían los improperios, y las amenazas... Y la despedida inmediata del pobre peón, con la agravante de azuzarle los perros si no se mandaba mudar acto continuo.

Por lo regular, aquella nerviosidad duraba todo el día. Mas, tales ocasiones eran menos frecuentes cada vez, porque los peones, aceptando dicha opresión con la humildad de los necesitados y desvalidos, agachaban la cabeza y dejaban que arrecia-

ra el temporal... El trabajo escaseaba en todas partes, y aunque tratados con tanta impiedad y rigor, en *La María Laura* se les pagaba con toda puntualidad; eso sí...

¿Tenía familia don Nicasio?... Nadie podía afirmar algo al respecto. De temperamento taciturno y nada comunicativo, jamás había hablado con ninguno sobre cuestiones íntimas. Los únicos que le visitaban y a veces comían con él o jugaban una partida de ajedrez, eran el comisario de *Cañada de López*, pueblo cercano, y un inglés comisionista que se ocupaba en gestionar la compra y venta de haciendas. Según la criada vieja que le arreglaba el interior de la casa, don Nicasio era viudo... Esto decía ella porque había encontrado una vez un biberón en el dormitorio de aquél... Y con sagacidad chismográfica deducía así: el biberón supone la existencia de un niño; el niño, de una madre; la madre, de un esposo... Luego el esposo debía ser don Nicasio... Lo de viudo agregábalo por su cuenta... Respecto a lo demás, misterio absoluto...

Algunas veces, después del labor cotidiano, cuando la peonada tenía su parte de descanso y refrigerio en la velada de la cocina, el mulato Arévalo, viejo de la casa, había dicho sentenciosamente, aunque en voz baja:

— ¡A cada chanco le llega su San Martín!... Tuavía ha'e toparse el patrón con quien no le tolere... Dejenlo pastorear, que engorde...

Lo cierto era que hasta entonces, fuese por *h* o por *b*, don Nicasio no había encontrado quien se le fuera a las barbas, ni siquiera quien le alzara el gallo... Y es claro, el hombre vivía envalentonado.

En ese orden, o desorden, de vida, continuó transcurriendo el tiempo. Los peones siempre bajo el pesado yugo del mal trato de don Nicasio; éste siempre con su carácter agrio y sus rachas de cólera o neurastenia...

A la entrada de un verano empezaron a hacerse los preparativos de la esquila. *La María Laura* era uno de los buenos establecimientos de la provincia de Santa Fe, en ganado lanar. El capataz, una semana antes de empezar el trabajo, comenzó a buscar peones para aquella faena, puesto que no eran suficientes los de la estancia. Todos los conchavados, menos uno, eran paisanos de los alrededores, que ya habían trabajado allí en diversas ocasiones y sabían con quién tenían que habérselas. Solamente aquel uno era cara desconocida: hombrecillo pequeño, de bombachas blancas y gorra de vasco, que había solicitado ocupación, y al que el capataz no quería tomar por parecerle inútil para un trabajo que requería gente experta y de resistencia. Sin embargo, movido a lástima ante la insistente petición resolvió conchavarle, no sin advertirle:

— Mire, amiguito: como usted llegue a hacer algo, en el trabajo, que al patrón le parezca mal... no respondo de su cuero...

Y se sonrió significativamente. Y tenía porque sonreírse, pues ya se figuraba al endeble y alelado mocito, zarandeado o triturado entre las manazas de su enfurecido patrón...

Cuando, por la noche, el recién llegado entró a tomar su ración de cena en la cocina, los peones del corral se guiñaron el ojo picarescamente, como diciéndose: ¿A qué habrá venido éste?... A los pocos días ya le habían puesto por sobrenombre *Mcsquito*... Y realmente que, con su microscópica estatura y aspecto raquítico, no le quedaba des apropiado el epíteto aquel.

A pesar de ello cumplía bien lo que se le mandaba; ciertamente que no eran cosas de gran importancia ni mayor práctica, pues con su aire de tonto predisponía a no ocuparle sino en trabajos

fáciles... Don Nicasio, que desde el sitio habitual había contemplado aquella mañana a los nuevos peones, preguntó al capataz *¿quién era ese títire?*

— *Es un peón que tengo a prueba*, repuso aquél... Un infeliz, muy voluntario, agregó para congraciarse.

— *Hum... hum...* refunfuñó el estanciero; *que se porte bien, porque sino...*

El primer día de la esquila todo anduvo a las mil maravillas. La peonada trabajó mucho, pero en cambio don Nicasio nada tuvo que objetar; por el contrario, parecía que el hombre se había suavizado un poco... ¡si se estaría por efectuar un milagro!... ¡como siguiera así!...

Pero de Dios estaba que aquella tranquilidad sería efímera; como la del mar, era prenuncio de borrasca... Amaneció el segundo día, y junto con él don Nicasio, con un humor de todos los demonios, culpa de que la vieja sirvienta se había dormido, y al despertarle ya estaba el sol alto. Cuando apareció en el corredor, con su sombrero pajizo y la voladora corbata amarilla en el pescuezo, hacía un par de horas que los peones estaban entregados a la ocupación de esquilar las ovejas. Un *¡buen día!*, seco, gutural, imperioso, con que respondió al saludo de la peonada, auguró mal tiempo.

Felizmente, la mañana pasó sin otra novedad que varios gritos de don Nicasio, — atendidos de inmediato, — sobre alguna nimiedad del trabajo... ¡Ya vendría lo gordo!... Todos lo sabían; todos, menos el impasible *Mosquito*, que, con su cara estúpida, estaba atendiendo la puerta del corral.

Llegó la tarde... Como uno de los esquiladores se hubiera herido una mano, hubo necesidad de reemplazarle, y el capataz, a falta de otro peón disponible, puso a *Mosquito* en lugar de aquél, no sin recomendarle que trabajara con cuidado. *Mosquito* sabía esquilar, pero no tenía mucha práctica. Don Nicasio, en cuanto notó el cambio, clavó allí la vista como el tigre que descubre su presa... Y no era inútil su precaución. A las pocas tijeradas la mejor de las ovejas finas san-graba de dos cortes en el cuero... En vano el inexperto peón atinó al tarro de *Lisol* para curar al animal, que balaba como un maldito; ya era tarde... Don Nicasio estaba encima de él, echaba chispas por los ojos, e inclinado sobre el inerme *Mosquito*, — que parecía hipnotizado por la mirada de ferocidad del patrón, — gritábale, con espumarajos de rabia:

— *¿Ande has aprendido a esquilar, hijo? e mala madre! ¡sahandija! ¡Yo te vi a enseñar a lastimar la hacienda fina!*...

Aquello no era un hombre; era una mesa revuelta de insultos, gestos, furia, movimientos y patadas contra el suelo: un huracán corporizado en forma humana. La figura atlética de don Nicasio estaba pendiente sobre el insignificante hombrecillo, que bajo la mole parecía empequeñecerse más. Los presentes quedaron inmóviles, contemplando la escena... ¡No cabía duda!... El infeliz novicio iba a desaparecer de una dentellada del monstruo... Cuando don Nicasio, después de haber accionado convulsivamente, muchas veces, con pies y manos, alzó sus formidables puños sobre la cabeza del peoncillo, todos cerraron los ojos para no ver... En la retina les quedó una visión confusa de hombre, corbata amarilla y tragedia...

Mosquito, anonadado, sin respirar casi, no había tenido ni tiempo de darse cuenta exacta de su situación. Había visto a aquella tempestad estallar encima de él en menos de un segundo. Le habían zamarreado con una potencia mayúscula. Encima de su cara veía otra, de fiera humana, de dragón apocalíptico; ojos dilatados, vidriosos, que despedían fuego, boca que vomitaba amenazas e injurias, facciones descompuestas, un vaho de horno que le quemaba, un corbatón de tela amarilla que se le sacudía por el rostro, unas palabrotas como truenos, que le aturdián... ¿Qué había

hecho él? Había cortado una oveja... Pero, ¿cómo no sucedía muchas veces, en los esquilos, el cortar a un animal?... Y, ¿qué era aquello que tenía ante sí?... ¿Un genio irritado, una venganza divina, que se desplomaba sobre su frente por tal pecado? Creyó que iba a desmayarse; gotas de un sudor frío brotaron de sus sienes...

En ese mismo instante, al tiempo que dos puños como macetas de carpintero elevábanse para descargarse en su cabeza, aquel trapo amarillo que se le refregaba por los ojos, le impidió ver... Entonces, ante el terror de ser aplastado de un puñetazo invisible, la desesperación hizole recobrar el movimiento... Manoteó, febrilmente, aquello... Agarró una tira de género, y se echó hacia atrás, sin soltarla. Estaba nervioso, aterrorizado... Fue su salvación: los puños no cayeron sobre su frente... Tiró más, tiró con todas sus fuerzas; como el náfrago que se aferra a una tabla, parecía en el vértigo de su espanto que soltar aquella cinta era caer en un abismo sin fondo... Respiró algo, al fin... Sentía que forcejeaban con él; que tiraban de la otra extremidad... Era, seguramente, el monstruo... Y luchaba... y se revolvió... y caía por último, pesadamente, al suelo... *Mosquito*, que continuaba tirando, inconscientemente, vióse de improviso, aferrado por cincuenta brazos, que le arrastraron y le colocaron contra una pared.

¿Qué había sucedido?... Cuando don Nicasio, en el ímpetu supremo de su cólera, irguióse por arriba de su víctima para ultimar la escena, desplomándole sus puños encima, sintióse agarrado violentamente por la corbata: el lazo se corrió, apretando el cuello; quiso zafarse, echándose hacia atrás, pero el nudo se ajustó más aún... La idea de que aquel minúsculo hombrecillo era un asesino feroz cruzó por su cerebro; y ya no se le apartó más... Mientras forcejeaba, intentando inútilmente desasirse, pues la presión era cada vez más fuerte, pudo echar una ojeada al rostro de su adversario... ¡Cuánta malignidad felina había en el semblante de aquel individuo!... ¡Qué expre-

sión cínica!... ¡Y cuánta fuerza tenía! ¡Cómo tiraba!... Don Nicasio se arañaba el cuello, sin conseguir aflojar el nudo fatal; la cara se le puso roja; tenía la lengua reseca y la boca excesivamente abierta; apenas respiraba... Los ojos salíanle de las órbitas... balbuceaba palabras roncadas, ininteligibles... Ya no podía más. ¡Cómo se sonreían los demás peones! ¡Aquello era un complot para asesinarle! ¡Habíanle entregado a un criminal terrible!... Las sienes empezaron a zumbarle; dió algunos pasos vacilantes, como un ebrio a quien arrojan de un empujón... un traspiés... otro... Y se desplomó, como una masa inerte, sobre el terreno...

Tanto los peones como el capataz estaban sin saber qué hacer. También ellos no salían de su sorpresa; habían vuelto la cara o cerrado los ojos para no ver la aniquilación de *Mosquito*, y de improviso se encontraban con don Nicasio vencido y al diminuto peón ahogándole, estrangulándole, con toda ironía, con una expresión salvaje en el semblante... y tirando, todavía, su víctima en el suelo, del lazo fatal...

Si don Nicasio hubiera sido un buen patrón, *Mosquito* habría muerto linchado por sus peones. Pero afortunadamente para él, ninguno de éstos tenía la menor pizca de afecto o de conmiseración hacia el dueño de *La María Laura*. Por eso, cuando al verle caer corrieron en su ayuda, se limitaron a arrancar de las manos herméticamente cerradas, de *Mosquito*, la corbata amarilla, y le arrastraron hasta un ángulo de la casa.

Desde allí éste oyó decir: *¡Lo ha querido ahorcar! ¡Quién iba a creer, con esa cara de mosca muerta y tan atravesao de alma!*... En torno de él varios de los circunstantes comentaban el suceso, observándole como a una cosa rara... Más allá, alcanzó a ver a don Nicasio, que levantado por el capataz, aún con la cara congestionada y no repuesto del todo, arreglábale la siniestra corbata amarilla, sacudíase la camisa, sucia de tierra, y se dirigía luego hacia el interior de la casa, sombrío, como un can que ha sido castigado por su dueño...

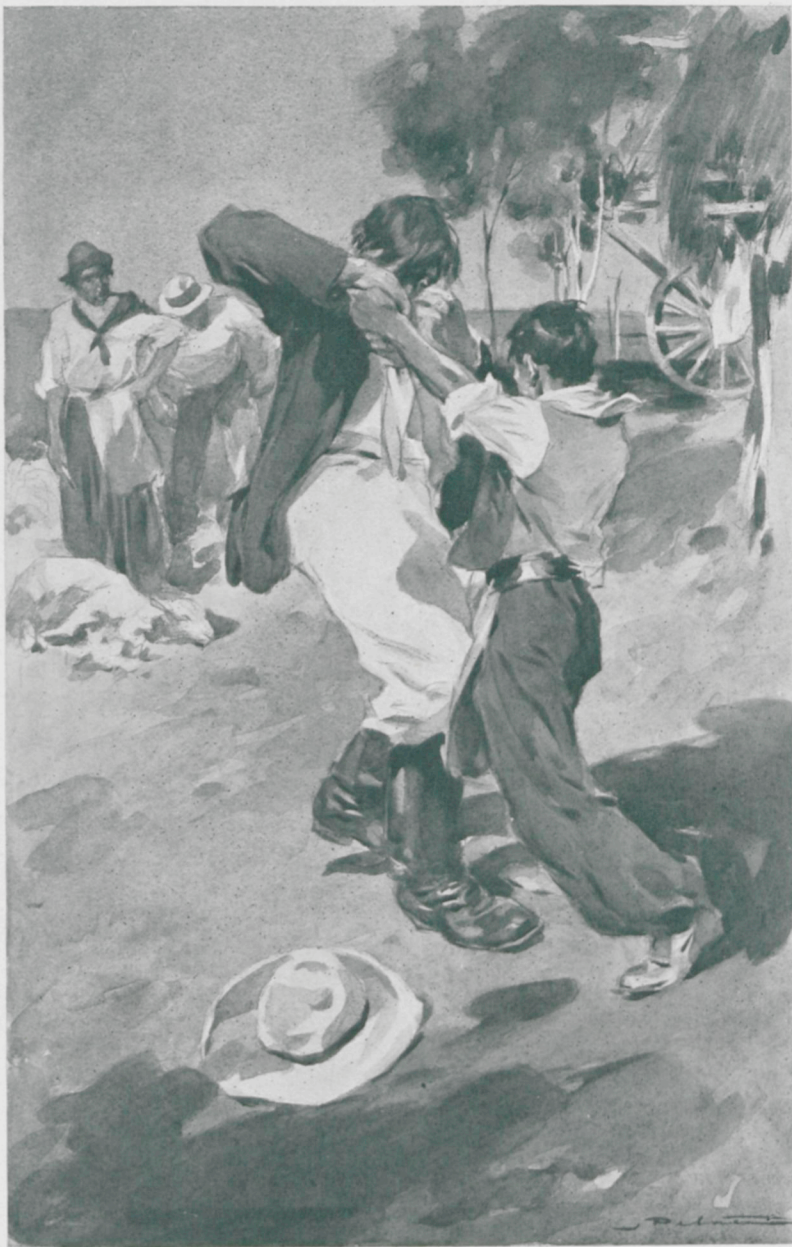
Aquella misma noche, *Mosquito*, despedido de la estancia, iba por el camino, a dos leguas de ella, pensando en la horrible escena del día, sin acertar a comprender, todavía, cómo se había salvado de su terrible antagonista. A veces parecía que todo era un sueño... En tanto, don Nicasio, metido en cama, *volaba* con una fiebre de cuarenta grados, que a fuerza de tisanas y de recetas del médico del pueblo vecino fué calmándose, no sin que el desequilibrio nervioso le durase varias semanas.

Después de un mes, en que gracias a los cuidados de la buena de Mercedes, su vieja criada, las consecuencias del *atentado criminal* no tuvieron peor resultado, la salud maltrecha de don Nicasio quedó restablecida. Cuando los peones supieron que ya estaba mejor, dijéronse *in petto*: «volvemos a las andadas...» Pero no... ¡Oh, inexcrutables designios de la Providencia!... el patrón de *La María Laura* habíase transfigurado... Ello fué bien visible al ponerse, de nuevo, en contacto con sus servidores... No perdió la costumbre de sentarse en su sillón antiguo, bajo el corredor, eso no; pero en cambio saludábales, por la mañana, con un gesto amable; si era menester corregir alguna cosa hacía las indicaciones pertinentes, sin exaltaciones, ni amenazas, ni gritos: hasta el indicito, portador del mate, cesó de recibir sus desagradables propinas, de tan ingrato recuerdo... A la semana siguiente aumentó el salario a todos los que trabajaban en su estancia...

¡Únicamente, como quien siente la necesidad de vengar un agravio imperdonable, el flotante corbatón, amarillo como canario hamburgués, desapareció de su indumentaria!... En su reemplazo veíase un pequeño moño gris, nada estrafalario ni grotesco.

JULIÁN DE CHARRAS.

DIBUJOS DE PELÁEZ.





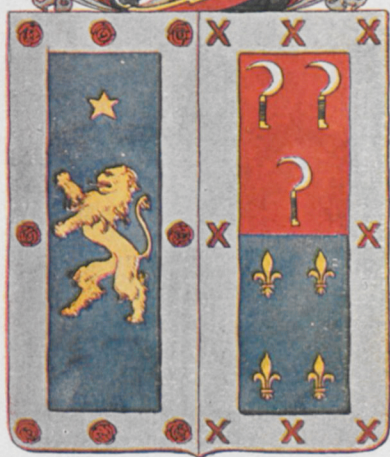
ESCUELA ITALIANA

LOS AMIGOS DE LA COCINERA

ÓLEO DE QUADRONE

DE LA COLECCIÓN DE DON LORENZO FELLERANO.





ORTIZ DE ROZAS.

ORTIZ DE ROZAS. Originario del lugar de Rozas, valle de Soba, Arzobispado de Burgos.

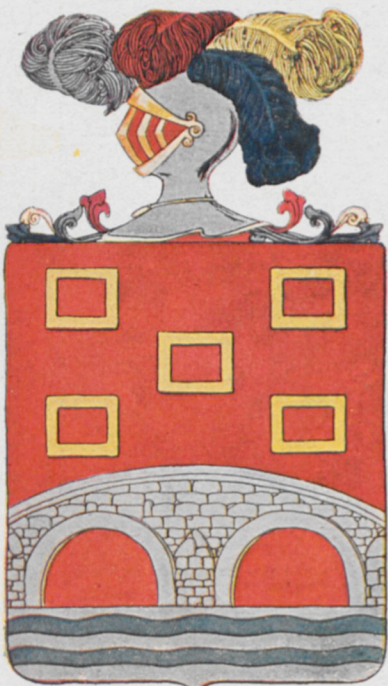
El primero de este apellido que vino a América fué don Domingo Ortiz de Rozas y García de Villaluso, Caballero de la Orden de Santiago, Presidente, Gobernador y Capitán General de Chile, primer Conde de Poblaciones. Estuvo casado con doña Ana Ruiz de Briviesca.

Su nieto el Teniente General don José de Solano Ortiz de Rozas, marqués de la Solana, Caballero de Santiago y de la Orden de Carlos III., fué asesinado en Cádiz durante la revolución de 1808, siendo Gobernador de dicha ciudad. En esa época era su Edecán el después General don José de San Martín, Libertador de América.

Hermano del ya nombrado Gobernador de Chile, fué don Bartolomé Ortiz de Rozas y García de Villaluso, bautizado en Rozas el 4 de septiembre de 1689, Regidor y Diputado General en 1714 y 1725, Comisario General de los Cuerpos de Infantería española y del de Caballería de Guardias de Corps, Caballero de la Orden de Santiago; casó en 1713 con doña María Antonia Rodillo de Brizuela.

Don Domingo Ortiz de Rozas y Rodillo de Brizuela, Cadete del Real Cuerpo de Guardias Españolas de Infantería, Capitán de Granaderos de Buenos Aires.

Tuvo de su mujer doña Catalina de la Cuadra Fernández y Ponce de León, a don León Ortiz de Rozas, nacido en Buenos



MARCÓ DEL PONT.

Heráldica Argentina Apellidos Ilustres

Aires el 11 de abril de 1760; sirvió de Comandante en Jefe de las Haciendas del Rey; estuvo casado con doña Agustina López de Osorno, y entre otros hijos, tuvieron a don Juan Manuel Ortiz de Rozas y López de Osorno que nació en Buenos Aires el 30 de marzo de 1793 y falleció el 14 de marzo de 1877. Fué Gobernador y Capitán General de dicha provincia en 1831 y Jefe Supremo de la Confederación Argentina; contrajo matrimonio el 16 de marzo de 1813 con doña María de la Encarnación de Ezcurra y Arguibel, nacida en 1795 y muerta el 20 de octubre de 1838. Estos tuvieron a doña Manuela y a don Juan Bautista, la primera casada con don Máximo Manuel Terrero y Muñoz de Rábago y el segundo con doña Mercedes de Fuentes y Arguibel, de quienes existe descendencia.

Este apellido se vinculó a las familias de Ezcurra, García Mansilla, Terrero, Rodríguez Larreta, Bond, Baldez, Salas, etc.

Una hermana del primer Conde de Poblaciones llamada doña Antonia Ortiz de Rozas fué casada con don Matías Alonso de Lajarrota, y tuvieron por hijo a don Domingo José Alonso de Lajarrota y Ortiz de Rozas, Caballero de la Orden de Alcántara, el cual pasó a Buenos Aires, y el 12 de mayo de 1756 casó con doña María Josefa de la Quintana y Riglos, de quien descienden las familias de Aguirre, Anchorena, Nazar, Sáenz Valiente, Ocampo, Urquiza, Madariaga, Harilaos, etc.

Escudo: Partido, a la derecha en campo azul un león de oro superado de un lucero de lo mismo; bordura de plata con ocho rosas de gules, a la sinistral, en gules tres hzones de plata, cortado de azul y cuatro lisas de oro, y bordura de plata con ocho aspas de gules.

MARCÓ DEL PONT.

En la villa de Calella, principado de Cataluña, tiene asiento la casa solar denominada de Marcó del Pont, tan antigua como la villa misma, habiendo desempeñado sus hijos los empleos más honoríficos, como son los de Alcaldes, Síndicos, Regidores y demás cargos de confianza en el Gobierno.

Un descendiente de este apellido, llamado don Buenaventura Marcó del Pont y Bori, se estableció en Vigo, en cuya Colegiata casó el 9 de diciembre de 1760 con doña Juana Angel y Méndez; de este matrimonio nacieron, entre otros hijos, don Francisco Casimiro, Gobernador y Capitán General del Reino de Chile; fué Caballero de la Orden de Santiago, cuyo hábito tomó el año de 1800.

Don Juan José, perteneciente a la Real de Carlos III.

Don Manuel María, Capitán de Voluntarios de Girona, y Caballero de Calatrava, y don Buenaventura Miguel Marcó del Pont y Angel, que vino a Buenos Aires, casando en 1787 con doña Francisca Javiera Díaz de Vivar. Algunos hijos de este matrimonio se establecieron en el Perú, Francia y España, donde existe descendencia. Otro de ellos, don Antonino Marcó del Pont, nacido en Buenos Aires el 10 de mayo de 1810, contrajo enlace con doña Feliciano Reyna, de quienes descienden los representantes de este apellido, ligado en la actualidad a las familias de Rodríguez-Larreta, Cabral-Hunter, Romero, Frías, de la Torre, Urizar, Del Campo, etc.

Escudo: en campo de gules cinco marcos de oro, y en la parte inferior una Puente de Plata y dos ondas de azul.

LEZICA. Este apellido es originario de la casa Infanzona y Solar de Lezica, situada en la anteiglesia de Cortezubi, en el Señorío de Vizcaya.

Don Juan de Lezica y Gaceaga contrajo matrimonio

con doña María de Torrezuri y de Astoreca, de quienes nació don Juan de Lezica y Torrezuri, bautizado en la iglesia de Cortezubi del Consejo de Aranzuiz, el 26 de julio de 1709.

En 1734, el rey don Fernando VI, expidió Real Cédula comisionándole para pasar al puerto del Callao, en el Reino del Perú, con el fin de estudiar las fortificaciones en ese puerto del Pacífico. Terminada su misión, se trasladó a La Paz, donde contrajo matrimonio con doña Elena de Alquiza y Peñaranda, en febrero de 1736.

En 1748 vino a Buenos Aires para regresar a España, pero después de una grave enfermedad se radicó aquí.

En 1750 entró a formar parte del Cabildo con el cargo de Regidor; fué Alcalde de primer voto, y Alférez Real de Buenos Aires, en cuyo carácter proclamó al Rey Carlos III.

A instancias suyas se elevó la población de Luján a la categoría de Villa. Fué fundador del templo de Nuestra Señora de Luján y Patrono del de Santo Domingo de Buenos Aires, donde reposan sus restos.

En su matrimonio con doña Elena de Alquiza y Peñaranda, tuvo nueve hijos, entre ellos don Juan José, que casó con doña Petrona de Vera y Pintado.

Su descendencia se vinculó a las familias de Alvear, Christophersen, Zapiola, Tomkinson, Pirovano, D'Amico y otras.

Ostentan por armas:

1.º blasón cuartelado en sotuer; en jefe tres corazones de gules fileteados de oro en sinople. 2.º en punta un castillo de oro en campo de sinople. 3.º y 4.º en los flancos, en campo de plata un lobo sable pasando debajo del histórico árbol de Guernica. Bordura de gules y las cadenas de oro de Navarra. Por timbre un yelmo mirando al frente.

CASA DE LOS CONDES DE LÚCAR. SEÑORES DE TAPIA DE SANTA GADEA. SU APELLIDO, DEL MARMOL TAPIA.

Los ascendientes de este linaje tenían su casa solariega en la villa de Lucena de Córdoba, que fundó Luis del Mármol de los Moriscos del Reino de Granada. Descendiente directo de éste, fué don Gabriel Luis del Mármol y Hurtado de Mendoza, nacido en Málaga, en febrero de 1723, y casado el 28 de noviembre de 1751 con doña Paula de Tapia, hija de don Alonso de Tapia y Mudarra de Santa Gadea, Conde de Lúcar y Señor de Tapia de Santa Gadea, y de doña Teresa de Vela y de la Cueva.

Hijo de don Gabriel Luis y de doña Paula de Tapia, fué don Miguel del Mármol, poseedor de los títulos y mayorazgos de esta casa, que nació en Málaga en 1754, pasando al Río de la Plata el año 1774. Casó en Buenos Aires con doña María Micaela de Ibarrola y Griebel, teniendo por hijo primogénito a don Miguel del Mármol Ibarrola, que nació en Córdoba del Tucumán, el 21 de enero de 1778. Fué Regidor del Cabildo de Buenos Aires, y Presidente del Banco Nacional. Casó el 27 de abril de 1811 con doña Petrona de Reyna y Pizarro, teniendo por hijo a don Máximo del Mármol, que nació en 1813. Este casó con doña Luisa Demaría y Escalada, cuya descendencia está en la actualidad vinculada a los Del Mármol, Carranza, Labougle, y Maschwitz, los que conservan sus derechos a los títulos de esta casa.

Blasón: seis cuervos de sable en plata y bordura de gules con ocho escudos de plata y azul. Corona de conde y la Cruz de Santiago.

CARRANZA. La familia de este apellido procede de la ciudad de Toro, donde nació



LEZICA.

el 28 de enero de 1756 don Angel Martín de Carranza, Caballero hijo-dalgo. Como capitán del Regimiento «Saboya», en la armada del Virrey Ceballos, embarcó en Cádiz, el 12 de noviembre de 1776, para el Río de la Plata, donde hizo la campaña de Río Grande.

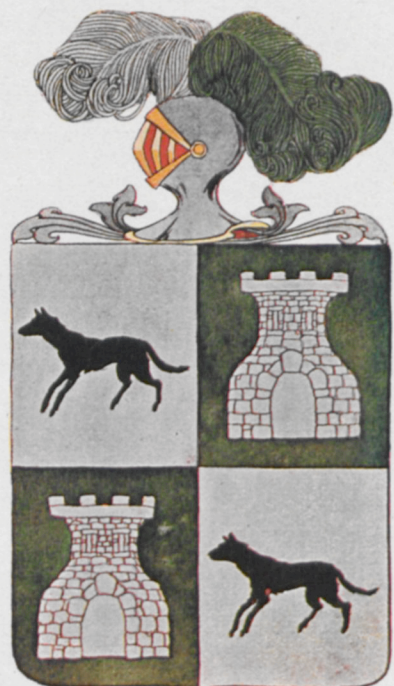
Enviado al Alto Perú, cuando la sublevación de Tupac-Amaru, asistió al sitio de La Paz, donde fué gravemente herido. Vuelto a Santiago del Estero, desempeñó los cargos de Alférez Real, y Síndico Procurador General.

Estuvo casado con doña María Cristina de Santa Ana, y entre otros hijos tuvieron a don Angel Fernando, que nació en Santiago del Estero, en 1805. Fué Capitán de Patricios y Diputado al Congreso Nacional; contrajo matrimonio con doña Petrona de Barriouneuve; viudo en 1835, casó en segundas nupcias con doña Carlota de Achával, hermana del Obispo de Cuyo, Fray Wenceslao de Achával. De su primer matrimonio nació don Adolfo E. Carranza, declarado benemérito de la Patria por el Senado Nacional. Casó con doña María Eugenia del Mármol y Demaría. Uno de sus hijos fué don Adolfo P. Carranza, fundador y director del Museo Histórico Nacional, que falleció en 1914.

A esta familia perteneció el primer Obispo del Río de la Plata, Fray Pedro de Carranza.

En la actualidad, llevan este apellido las familias de Labougle, Maschwitz, etc.

Escudo cuartelado: 1.º y 4.º, lobo de sable en campo de plata; 2.º y 3.º, torre de plata en campo de sinople.



CARRANZA.

Retratos Españoles Ignacio Zuloaga



ga es simplemente un *caserío* vasco, encantador de sencillez.

Conozco bien cuántas personas cultivadas existen en Buenos Aires que estiman amorosamente los artísticos interiores, los muebles de estilo, los cachivaques antiguos y estéticos. En este sentido, la casa de Zuloaga es un rincón insuperable. Todo allí se convierte en agrado y curiosidad; todo está presidido por un buen gusto magistral.

El zaguán de la casa, por ejemplo, abierto en un gran arco rebajado, brinda al huésped un refugio amable cuando los vientos del Cantábrico soplan con demasiada violencia; desde allí se columbra el pueblito de Zumaya, el manso río, las colinas verdes, el paisaje de égloga. Pero en el lado opuesto, hacia la parte del mar, una terraza amplia y selecta invita al reposo estival y a las dulces contemplaciones, oyendo el canto inextinto de las olas sobre la playa. Y el patio central, en forma de vestíbulo cubierto, reproduce de alguna manera ese aire señorial de las viejas mansiones rurales, con su escalera de ancho tramo y entallada baranda.

A la hora del almuerzo, yo no sabía en qué punto situar mi atención. La comida era selecta y grata, los vinos deliciosos, y la señora del pintor me ofrecía las mejores amabilidades de su alma francesa. Un primo de Zuloaga, que es sacerdote, decoraba perfectamente la mesa con su austero hábito. Otros dos parientes del pintor, altos, secos, rostros de antiguo hidalgo español, prestaban nueva fuerza decorativa al almuerzo. Pero más allá del almuerzo, por encima de los sabrosos manjares, había aún numerosos sujetos de curiosidad: muebles raros, lozas de Talavera, hornacinas renacentistas, jarros segovianos, y una chimenea admirable.

El taller se alza junto a una vieja ermita abandonada, y tiene un aspecto imponente, como de novela de fo-

Yo sentía una curiosidad femenina por conocer el palacio de Zuloaga. Me lo figuraba repleto de tesoros artísticos, coleccionados hábilmente por ese genial catador de bellas y raras antigüedades. Pero mi deseo ha fracasado. En su casa de Zumaya apenas si guarda unos pocos objetos de valor. En cambio el edificio, el lugar, el paisaje, el pintoresco estudio de trabajo, reservan al visitante deliciosas sorpresas.

Ignacio Zuloaga me recibe con talante abierto y afectuoso. Lleva una boina de vasco sobre la frente, y una camisa blanda deja al descubierto su cuello de toro. En esta guisa vive, feliz por la libertad, entusiasmado por sus trabajos de arquitecto y albañil. Dirige personalmente las obras de su casa, y discute con su arquitecto la longitud de los muros o el vuelo del tejado. Planta por sí mismo los árboles, ayuda a los obreros...

En la desembocadura del río Urola, próximo al pueblo de Zumaya, hay un arenal solitario donde azotan los vientos marinos y rompe furiosa la resaca. En ese arenal ha plantado su casa el pintor. La casa de Zuloa-



PACHADA PRINCIPAL DE LA CASA DEL PINTOR.



UNA GITANA (ÓLEO)

lletín romántico. Las paredes muestran sus desnudos y toscos sillarejos, y el techo muy alto está sostenido por gruesas y formidables vigas de roble. Una chimenea ojival, abierta en el gran muro, está pidiendo un concurso de salvajes y barbudos cazadores romancescos. Sobre un arcón vetusto reposa una fragata de combate. Sillas de cuero antiguo se diseminan en la estancia. Y en el fondo de un bargueño hay una terracotta de Tanagra, divina de expresión graciosa. Y junto a la figulina, un pedazo de herradura para desviar la jetta...

Porque este pintor refinado que conoce todas las intelectualidades de París, es en el fondo un hombre sometido a las supersticiones. Este vasco hercúleo que hace gala de no tener nervios, ha vivido muchos años en Andalucía acompañado de gitanos y toreros. Además, Zuloaga ha sido torero... Alguna vez, cuando un amigo le brinda la ocasión de visitar un *tentadero* de reses bravas, Ignacio Zuloaga no puede resistir la tentación y hace con la capa magistrales *quiebros*.

También es un poco *pelotari*; y al efecto ha construido, pegante al taller, un frontón de pelota en donde juega épicos partidos con los aldeanos.

— Le ganarán a usted, seguramente...

— No siempre. Jugamos una merienda colectiva, y con frecuencia tienen que pagarla ellos...

Pues bien, este hombre de apariencia ruda, de camisa blanda, boína de vasco y cuerpo musculoso; este hombre que quiere ser sencillo, primitivo y bárbaro, cuando presenta sus cuadros en el caballete asume una imprevista actitud genial. Nada tan opuesto como el autor y la obra. El hombre se nos presenta simplemente, y el cuadro es todo complicación. Ved ese retrato de mujer: la elegancia más selecta está representada en esos ojos grandes e inteligentes, en la postura señorial y eximia. Ved ese desnudo de



LA DEL GUANTE AMARILLO (ÓLEO)



INTERIOR DEL ESTUDIO.

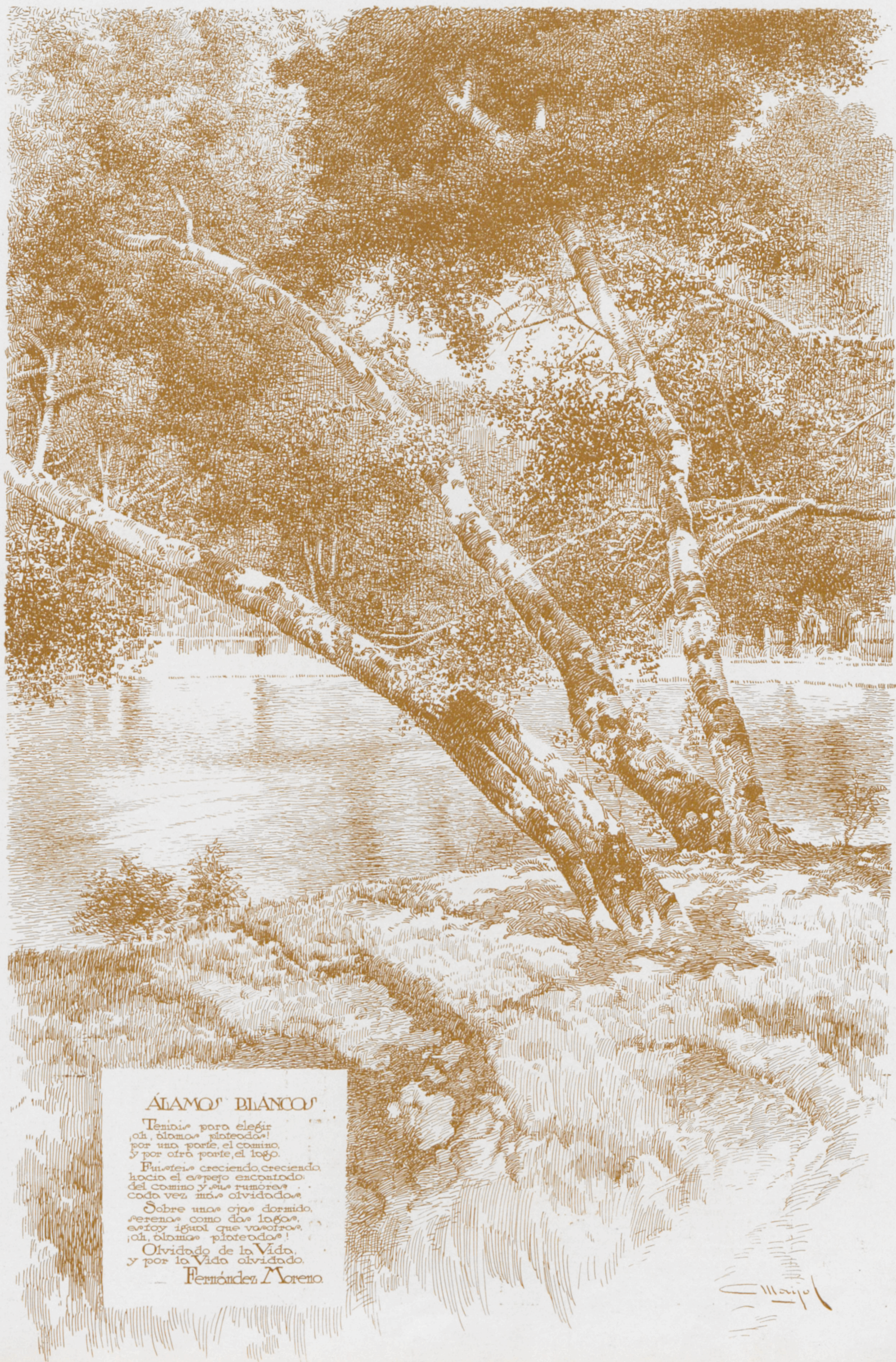
mujer: jamás la carne pudo ser pintada con mayor emoción y sinceridad y con más grande respeto por la eterna materia femenina, fuente de amor y maternidad. Y en fin, ahí nos presenta un paisaje, en el pueblo de Almézar, sobre la tierra cálida de Aragón. Es un paisaje severo, sobrio de color, opulento en su dibujo, insuperable de expresión histórica. En ese paisaje tiene puesto su cariño Ignacio Zuloaga.

— Quiero demostrar que yo soy también un paisajista...

Todos estos cuadros, hasta el número de treinta, serán remitidos a Nueva York, para la exposición personal que el gobierno yanqui dedica al señor Zuloaga. Hablamos un poco de la Argentina.

JOSÉ M.^a SALAVERRÍA.

San Sebastián, 1916.



ÁLAMOS BLANCOS

Tengo para elegir
oh, blanco plateado!
por una parte, el camino,
y por otra parte, el lago.

Fui creciendo, creciendo
hacia el espejo encantado,
del camino y de los rumbos,
cada vez más olvidado.

Sobre una oja dormido,
sereno como los lagos,
estoy igual que vosotros,
oh, blanco plateado!

Olvidado de la Vida,
y por la Vida olvidado.

Fernández Moreno

Mayo



LOS OJOS A OMBRADOS

R. ENRIQUE D. LEGUANA
APUNTES DEL NATURAL DE 1940



Los míos. Mis ojos que con su perpetua curiosidad de viajeros se han tornado hacia la mujer argentina, antes de fijarse en la llanura inmensa, el gran río, o el cielo austral sereno y bellamente constelado.

Contemplando una mujer, hacemos siempre una interrogación ante su psiquis y una afirmación ante su cuerpo. La psiquis rara vez nos responde; el cuerpo sí; ora nos sugiere admiraciones, ora desencantos, pero siempre se arraiga en la eterna obsesión del hombre: la mujer que completa su vida. Gigantes o pigmeos, la mujer nos lleva al término medio, estableciendo la precisa ponderación entre las contrarias sollicitaciones del corazón y de la idea.



Yo cruzaba una calle de Buenos Aires, que tiene un nombre de primavera e impregnado el aroma de todas sus mujeres; entonces, iban y venían, se esparcía un ambiente de feminidad, y las vidrieras reflejaban rápida e indecisamente admirables siluetas, por un momento entrevistas y nunca más olvidadas. Era la hora crepuscular, y entre el vaho de la gente veía a la mujer que se aproximaba... más allá, otra en escorzo... para otra, volvía la cabeza, porque iba ya pasada, y se alejaba cimbrando el talle esbelto como una rama en el viento.

La impresión que yo he experimentado, ha sido, a un tiempo extraña y optimista. Algo, como si tras un largo viaje, arribase a una isla donde bajo maravilloso cielo seleccionasen todos los países su belleza.

¿Y mi condición de espectador, no se ve desviada en su análisis por sentimientos de superior eficacia?



Puesto en observación, y apartando un poco el motivo sentimental, me acude con viveza el recuerdo de la española y de la italiana, si bien, diversificado y con una genuina sensación de nacionalidad distinta. No encuentro aquella criolla, aquella hija de América, que las lecturas y el fantasma ensueño de la adolescencia, forjaban con un carácter de hermoso exotismo semisalvaje. Yo pensaba encontrar la mujer indolente, de mirada pasional y caprichosa, de una prematura madurez, que en las novelas y las estampas tenía el prestigio temible de las pasiones enconadas, la huraña independencia, la hamaca, el esclavo negro, la humareda azulada y serpentina del tabaco... Veo que no hay nada de eso. En la más europea de las ciudades de Europa, estaría una mujer porteña como en su casa, con el mismo aire de dominio, la misma elegante seguridad, el mismo refinamiento ultramoderno.



Con todo, al hablar antes de unos persistentes recuerdos, lo hacía sugestionado por la luminosa visión de las imágenes latinas. He visto muchos ojos de española, ojos de fiebre que invitan al ritmo y a la audacia, y muchas bocas italianas, rojas como una herida, finas y herméticas, copiadas, acaso, de Monna Lisa.

Pero la porteña, agrega a ese heredado tesoro un inconfundible aspecto de espiritualidad y buen gusto. Difícilmente habrá otras mujeres como éstas, pues a semejanza de las antiguas civilizaciones, realzan la belleza nativa con el bien vestir.

Ahora, ¿qué psicología es la suya? La maravilla del cuerpo, ¿qué alma esconde? El templo, ¿qué santuario oculta? Si yo pudiera contestar a estas interrogaciones, detendría aquí la pluma, pues las mujeres carecerían ya, para mí, de esa sugestión que ejercen y que se funda en el misterio. Muy al contrario, lo que ignoramos se hace imperioso en virtud de nuestra debilidad ante las cosas desconocidas.



Con prontitud, juzgamos de una hermosa cabeza, de una sonrisa armoniosa, de un cuerpo con perfecciones de estatua, o de una voz que suena con la emoción de una muy grata música... pero, ¿quién se atreve a juzgar del pensamiento, de la ironía, de la voluptuosidad o de la fascinación que en esas externas perfecciones se encierran? Peligroso es acercarse a una llama, y procurar la comprensión momentánea de un espíritu femenino, es

aproximarse al riesgo de nuestra hoguera interior, avivada por la obsesión, y donde no se perece, pero se sufre...

Hubo un momento en que las columnas de aquellos templos de la Hélade se animaron y perdieron la rigidez de las piedras labradas para convertirse en figuras femeninas ornadas de serenidad. Las cariátides estaban ante el templo y eran soporte del templo. Esta adoración clásica a la belleza femenina, a la divina Afrodita, a la eterna Palas Atenea, a la blanca Artemisa, se perdió en muchas ocasiones para renacer luego triunfante.

Hoy que la mujer se abre a la vida del espíritu, y alcanza plenitudes intelectuales y artísticas, vedadas para ella en las pasadas épocas, surge aquella apoteosis de los helenos inmortales, como si por encanto o conjuro se animasen los mitos teogónicos, y Grecia volviera con sus filósofos, trágicos, héroes, oradores y poetas...

En verdad, que cuando he visto desfilar las lindas criollas, Afroditas americanas, reinas de los días que seguirán a estos días, he pensado en lo inútil de tender el corazón hacia un pasado en que las fábulas resplandecían de perfecciones y de amor.

La evocación, ción, se ha hecho



Un espectáculo ese afán con que cesantemente de cando — unas horridad de las au y juvenil alegría, elevación de los

En cualquier Aires, ante un derna construcciones amplias, ve pos de muchach sonrisa, clara y con los pies pedas revoloteando. Un problema que siempre me interesó sobremanera, es el de la lectura; como debe leerse un libro. No es nada fácil la lectura comprensiva de un libro,

pues rara vez se establece la precisa relación entre el lector y las páginas leídas. Una obra de cierta importancia es un enigma para la mayoría de lectores que casi nunca adéntrase en la ideología o la sensibilidad del escritor. Hay que exceptuar a la lectora, pues ésta es de muy superior sensibilidad y penetra mejor que el hombre lo recóndito del alma que pueda ocultarse en un buen libro.

En cambio, presenta la lectora otras particularidades que no existen en el hombre. La soltera, por ejemplo, lee de distinto modo que la casada. En la división que una mujer establece en los libros



calificándolos de buenos o de malos, la casada se toma determinados privilegios y habla con indolencia, de haber leído a tal autor o a tal otro que no eran precisamente modelo de virtudes.

La muchacha, la señorita de la casa, vedla a hurtadillas, rebuscando en la biblioteca de papá un libro menos aburrido que esas novelitas innúmeras y empalagosas editadas especialmente para las jóvenes solteras. Cuando ya lo ha encontrado:

— Jack, por Alfonso Daudet; Prévost... Monsieur et madame Moloch... ¡Será lindo!... A ver otra...

En esto se oye un ruido. Es papá que entra en la biblioteca, El derecha pa dez a la es — ¿Qué ha — Papá, mi pa de ferroca

lo interesante es la mujer trata inaprender, tro ras — en la seve las, su bulliciosa por la pensante estudios.

calle de Buenos edificio de mo ción y proporció réis salir los gru as, satisfecha la armoniosa la voz queñitos y las fal das revoloteando. Un problema que siempre me interesó sobremanera, es el de la lectura; como debe leerse un libro. No es nada fácil la lectura comprensiva de un libro,

pues rara vez se establece la precisa relación entre el lector y las páginas leídas. Una obra de cierta importancia es un enigma para la mayoría de lectores que casi nunca adéntrase en la ideología o la sensibilidad del escritor.

Hay que exceptuar a la lectora, pues ésta es de muy superior sensibilidad y penetra mejor que el hombre lo recóndito del alma que pueda ocultarse en un buen libro.

En cambio, presenta la lectora otras particularidades que no existen en el hombre. La soltera, por ejemplo, lee de distinto modo que la casada. En la división que una mujer establece en los libros

calificándolos de buenos o de malos, la casada se toma determinados privilegios y habla con indolencia, de haber leído a tal autor o a tal otro que no eran precisamente modelo de virtudes.

La muchacha, la señorita de la casa, vedla a hurtadillas, rebuscando en la biblioteca de papá un libro menos aburrido que esas novelitas innúmeras y empalagosas editadas especialmente para las jóvenes solteras. Cuando ya lo ha encontrado:

— Jack, por Alfonso Daudet; Prévost... Monsieur et madame Moloch... ¡Será lindo!... A ver otra...

En esto se oye un ruido. Es papá que entra en la biblioteca, El derecha pa dez a la es — ¿Qué ha — Papá, mi pa de ferroca

lo interesante es la mujer trata inaprender, tro ras — en la seve las, su bulliciosa por la pensante estudios.

calle de Buenos edificio de mo ción y proporció réis salir los gru as, satisfecha la armoniosa la voz queñitos y las fal das revoloteando. Un problema que siempre me interesó sobremanera, es el de la lectura; como debe leerse un libro. No es nada fácil la lectura comprensiva de un libro,

pues rara vez se establece la precisa relación entre el lector y las páginas leídas. Una obra de cierta importancia es un enigma para la mayoría de lectores que casi nunca adéntrase en la ideología o la sensibilidad del escritor.

El papá, convencido, empieza a revolver sus papeles, y a la primera ocasión, la niña, ágil y apercibida, desaparece, llevando como trofeo la tentadora novela, muchas veces inofensiva y otras veces incomprensible.

Por fortuna, cada día la mujer va adquiriendo las prerrogativas de su responsabilidad y va formándose el axioma de que es más peligroso adivinar que saber.

En esos grupos de alegres muchachitas que salen de la escuela como de un templo forjador de espíritu, se vislumbra la gloriosa apoteosis de la mujer.

La música, el arte sublime de los más apasionados sentimientos, tiene su mayor número de adeptos en la sensibilidad femenina. Pocas mujeres habrá que no amen la música, pues no amarla sería casi la negación de sí mismas. La mujer es ritmo, es armonía, es una vibración sonora de la naturaleza, reproducida por síntesis suprema, en perfectísimas formas plásticas.

Son innumerables los conservatorios de Buenos Aires, a los que asisten las porteñas con un sacro entusiasmo, que arrancaría frases laudatorias a la misma avinagrada adustez de Wágner o Beethoven. La mayoría de las alumnas estudia piano o violín, y en ambos instrumentos interpreta, generalmente con tendencias románticas, las más diversas escuelas musicales.

He aquí una balada para ellas:

EL CLAVE

¡Oh, la romántica voz del clave bajo una luna de plata!... canta la vieja sonata con las notas y trinos de un ave...



El menuetto de rara elegancia que entre cuentos de guerra y amor se bailaba en loor de Francia.

El aire antiguo y seductor de ingenua y bella melodía que insinuante aparecía en el laúd del trovador...

¡Oh, la romántica voz del clave bajo una luna de plata!... Se hizo ilusión la sonata y el corazón se hizo ave...

En el cosmopolitismo y la vida agitada que, nos invade, se esparce la atención entre las tiendas, los teatros, biógrafos, paseos y tertulias, donde la mujer pone su sello inconfundible.

De intento, no hablaré del amor. Sólo podría hablar de él vagas generalidades tan aplicables a una criolla como a las mujeres de otros países. Haciendo cosa distinta sería indiscreto, y mis lectoras — quedamos en que ellas llegan a lo recóndito del alma muchas veces — no me perdonarían mi fracaso, si me equivoco; mi exactitud, en caso de acertar. El amor es complejo, difícil, contradictorio... Si yo escribiera del amor, dos amigas, cuchicheando, tendrían probablemente una sonrisa irónica para mi pobre petulancia de escritor, y callando ignoran, al menos, lo que pienso...

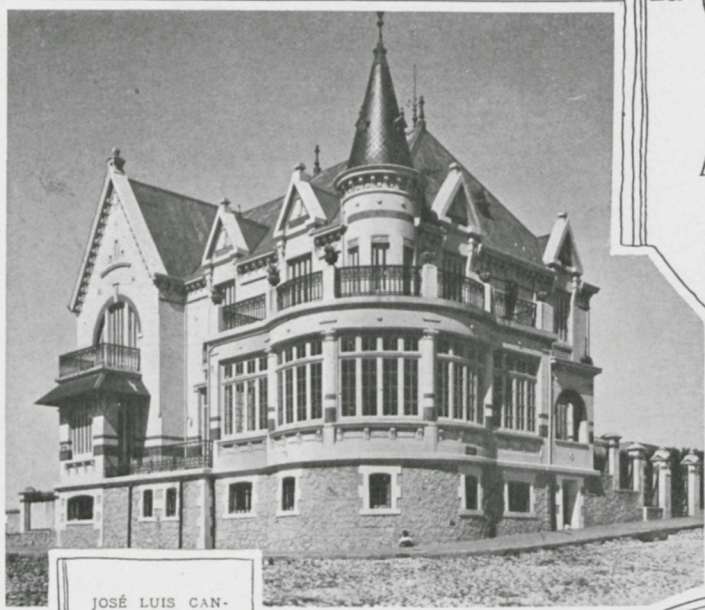
Como los antiguos tenían a Thule, la isla lejana, por límite de las tierras y de los mares, yo tengo este silencio como límite y como interrogación para la curiosidad natural que no siempre se engaña.

En el horóscopo aparece la misteriosa relación de los astros con la vida, la coordinación de las fuerzas desconocidas, que debemos mirar en posiciones diferentes y más debemos deducir que preguntar. Los astros son mudos. Las mujeres también.

Por eso, dejando dormir la insaciable curiosidad, me he situado simplemente, como un espectador ante su predilecto espectáculo. Se asiste a él, alegre de ánimo, fuera de toda exégesis, dispuesto a la amable comprensión de las cosas y procurando cuidadosamente no caer en el eterno peligro de autosugestionarse y convertir en maravillas lo que nada tiene de extraordinario.



Los Chalets de Mar del Plata

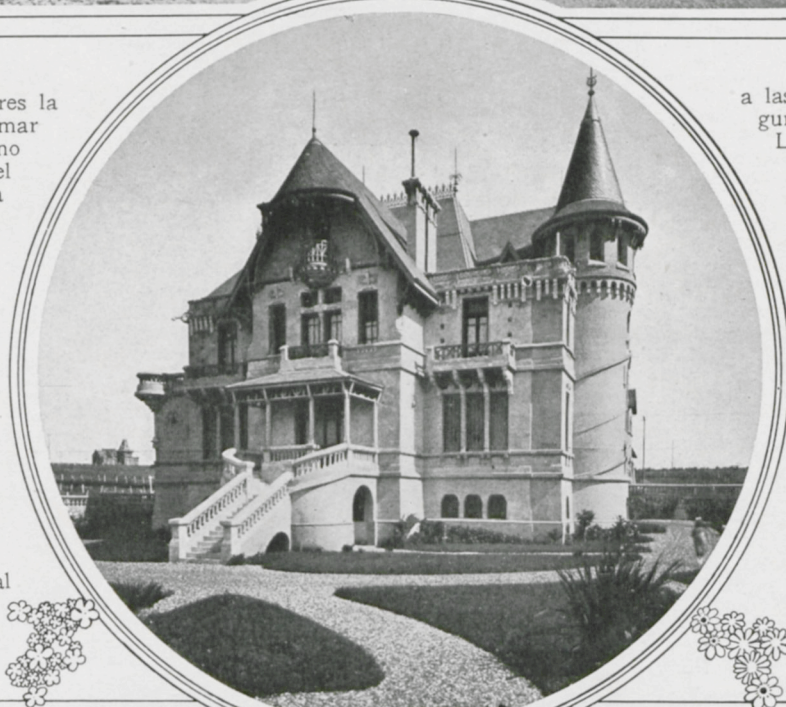


JOSÉ LUIS CANTILLO.



BERNABÉ CARABASSA.

Varias veces ha intentado Buenos Aires la conquista de una salida al mar, no al mar del comercio, porque ese era ya suyo, sino al que tiene playas donde se practica el «dolce far niente». Sin un puerto, siquiera sea para el descanso, no hay ciudad poderosa. ¿De qué le valía a la metrópoli constituir el foco más intenso de la vida sudamericana, encontrándose desprovista de un paraje marino que en los días veraniegos le sirviera como sangría descongestionadora? Río de Janeiro, Montevideo y otras capitales poseen, por derecho propio, por privilegios de la naturaleza, playas admirables. Buenos Aires, igual que París, Madrid y otras urbes, más o menos alejadas del litoral marino, necesitaba conquistar un Biarritz, un San Sebastián. Y triunfó en la empresa. Mar del Plata es la rival de esos balnearios europeos, y entiéndase que la palabra rival tiene, en este caso, un doble significado. Porque todo lo que sea concurrir a la playa criolla, supone restar fuerzas



a las playas europeas, hasta hace poco de rigurosa moda para las familias argentinas. Labor de patriotismo es, por lo tanto, la realizada en el balneario marplatense. Y si examinamos la palabra rival en su segundo significado, también puede asegurarse, sin sombra de orgullo, que Mar del Plata resiste ventajosamente la comparación con las playas célebres donde el mundo elegante se da cita. La capital veraniega de la Argentina, la que nos ha proporcionado una independencia en cuestiones de baños marítimos, el Biarritz sudamericano, ha sido descrito prolijamente por toda la prensa. Por referencias gráficas, por las descripciones de los cronistas sociales, el público «ha vivido» la vida de la Rambla y paseado en la sombra del arcaico Torreón, sueño de oro de casi toda la sociedad porteña. El aspecto aún poco conocido es este que presenta los chalets suntuosos edificadas en Mar del Plata por distinguidas familias argentinas.

RUFINO RODRÍGUEZ DE LA TORRE.



ADOLFO BLAQUIER.



MARTA N. DE BLAQUIER.



Notas de
verão
Escenas de Mar del Plata



Los
Chalets
de
Mar del Plata



PEDRO LURO.



JACINTO PERALTA
RAMOS.



MARÍA UNZÚE
DE ALVEAR.

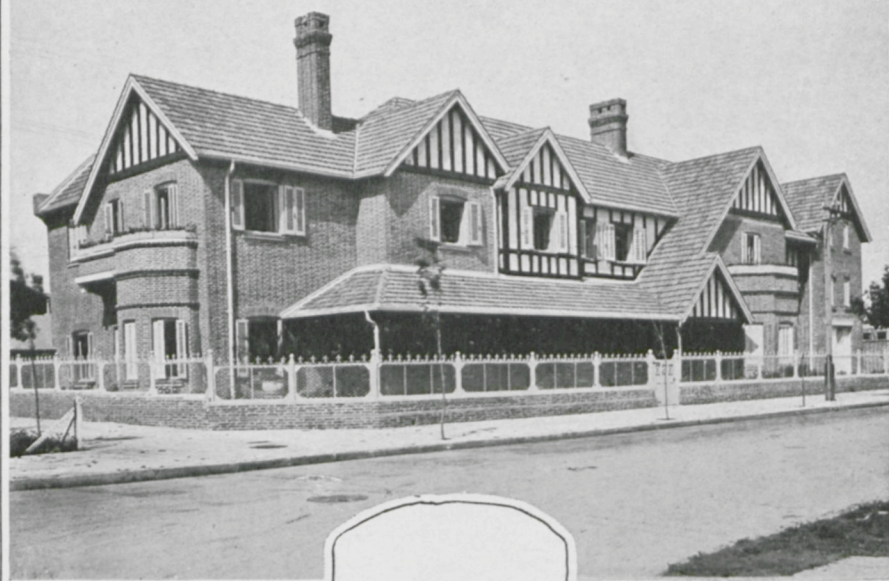


ROSA ALTGELT
DE TORNQUIST.

El primero de los chalets marplatenses lo edificó el señor Pablo Zamboni, en terrenos de la loma, el año 1889, vendiéndolo a poco al señor Christophersen. Por entonces se juzgaba una temeridad esa empresa, creyéndose que el propietario perdería el dinero que le costó el edificio; mas a los pocos años la gente se convenció de que Zamboni fué un vidente.

En aquella época era difícil prever lo que sucedería años más tarde. El turismo europeo estaba entonces en plena boga; la gente adinerada iba en peregrinación a Europa, porque París era la tierra prometida de los porteños. Afortunadamente, bien pronto se inició, una reacción favorable y la aristocracia metropolitana hizo empresa suya la conquista de que antes hemos hablado. El milagro se realizó como se realizan aquí las cosas, rápidamente, como en un vértigo.

La construcción de chalets aumentó cada día más; los conquistadores hicieron su campamento, y ahora es aquello una colección de edificios que nada debe envidiar a



ISABEL N. DE BONO-
RINO.

las mejores de otras playas.

Reciben el nombre de chalets por costumbre, siendo algunos verdaderos palacios y suntuosos palacetes otros. Los de las señoras María Unzué de Alvear, Rosa Altgelt de Tornquist y don Pedro Luro, son un derroche de lujo y buen gusto, no desmereciendo los de las señoras Isabel N. de Bonnino, María N. de Blaquier y los señores Jacinto Peralta Ramos, Rufino Rodríguez de la Torre, José Luis Cantilo, Adolfo Blaquier, Bernabé Carabassa, etc.

Los mejores arquitectos bonaerenses han hecho allí gala de su maestría, realizando una especie de concurso artístico. Es admirable el aspecto que ofrecen aquellas construcciones, cuyos jardines avaloran la belleza arquitectónica con la gracia policroma de las flores.

El dinero obra milagros, como éste que se realizó en Mar del Plata; mas hay otra cosa capaz de hacer prodigios mayores si se reúne con la riqueza: el amor a la tierra natal, sentimiento que, en bien de la patria, auna los esfuerzos de todos para enriquecerla cada vez más.



NUESTROS AMIGOS LOS ANIMALES ... EN DEFENSA DEL GATO

EN esas explosiones de tremendo enfurecimiento de la canalla humana, que me ofenden, me detengo largamente a admirar el espectáculo que ofrecen otros seres que no conociendo el odio se pliegan a la gran fuerza de la vida... que es el amor.

Y hoy, animado de una piedad que si no es amor es justicia acaso, hoy trataré de reivindicar a un caído. Este caído no es otro que el gato, el cual es a menudo mal juzgado por otros animales y a veces mal juzgado también por los hombres.

Entró en mi casa sin hacerse anunciar. Saltando tal vez el pequeño cercado, o pasando a través de la puerta cancel, por un pasadizo que llega a la cantina y alcanza las escaleras internas. Y helo aquí viniendo a refregar contra mis piernas su inteligente cabecita. Me mira como si fuéramos ya viejos amigos, aunque sea la primera vez que yo lo veo y dijérase que me ha adivinado y conocido por completo. Lo acaricio y le pregunto: «¿Cómo te llamas?» No me lo dice, quizás porque sea un secreto para él mismo; pero con una palabra sola me revela su acariciadora índole, ávida de caricias.

Esta única palabra es tan larga y sumisa, que me parece una súplica humilde o un llanto reprimido. Esa palabra me dice: «No te pareces a muchos que encuentro al recorrer mi camino; desconoces el puntapié y la pedrada; tus pies serán benignos conmigo que soy un misero; para ti que eres bueno y grande (se refiere al tamaño), mis caricias serán de terciopelo. ¿Quieres que nos amemos un poco? ¡Miau!»

Es realmente un gato. El nuevo huésped de mi casa ha venido a demostrarme la falsedad de antiguas máximas humanas antihumanas. «No es

cierto, — me asegura, — no es cierto que nosotros los gatos seamos engañadores, mentirosos, egoístas, falsos y traidores. Yo, como lo ves, he venido ingenuamente a ti, y mis semejantes, si no se me parecen en un todo, valen más que su reputación. Somos prudentes (lo cual no es un mal); algunas veces nos tienta el pecado; pero sólo un pilluelo que no conozca el pecado podría arrojar la primera piedra... A menudo parecemos ladrones de profesión, pero nuestro único defecto es por lo común un apetito abundante, ese apetito que no entiende de razones. ¡Oh! si el hombre no abusara de nosotros, como hace siempre, arrojándonos piedras, tirándonos desde un segundo piso para divertirse, estrellando contra las paredes a nuestros hijuelos, o echándonos vivos en los sumideros! ¡Oh! Si la embustera cacerola dijese la verdad respecto a los cuerpos de nuestra familia que ha cocido, nosotros os pareceríamos amigos corteses y útiles. Dejados vivir en paz y llegaremos a ser mejores.»

Todo esto me dice la única palabra humilde y sumisa. Levanto al gatito, que aun no tiene nombre, sobre mis rodillas, aliso largamente su pelo parduzco salpicado de manchas blancas como la nieve, e interrogo aquellos sus ojos teñidos de un hermoso verdemar. El gato me deja hacer. No murmura ya su lenta palabra de llanto, sólo dice a media voz un largo rosario. Y mientras manifiesta su agradecimiento, toma mayor confianza en mí, todo me busca, todo me adivina; alarga las patitas como para acariciarme y me deja ver con movimientos graciosos las uñas que las tiene fuertes y agudas y las esconde para que yo entienda bien que sus armas no están destinadas a hacerme daño. Después me pide permiso para subirme y arrimar su lindo hociquito a mi cara; rápidamente comprende mi consentimiento, y de un pequeño salto que apenas siento, se me trepa al hombro a acariciarme y a acariciarse, a tocar mi cuello, a tocarme la garganta, a querer ocultar su cabecita buena entre mis cabellos para llegar... ¿quién sabe a dónde?, hasta mi amor.

Y nada pide. Aquella palabra confusa (que sabe decirlo todo si quiere) parece haberla olvidado. Pero su sumisión y sus gracias continúan, todavía el rosario no ha concluido.

Me decido a abandonar la obra cotidiana de grafómano para hacerle un poco de fiesta al gato gentil y me pongo de pie, dirigiéndome a la cocina. El, estando aferrado a mi hombro, me acompaña. Cuando le doy la miga mojada en la leche fresca,

la huele largamente, después la rechaza; con un golpecito de cabeza la agradece, se excusa. Y me adulo hasta pensar que más que a la comida el nuevo amigo mío me ama a mí. Ciertamente, cuando ha llegado la hora de volver a mi trabajo, el gatito baja sobre el enladrillado, huele nuevamente la miga que ha quedado y se la come con una lentitud llena de graciosa indiferencia... Pero he aquí que entra mi hija, y el gatito deja su comida para volver a hacer con ella los mismos mohines que había hecho conmigo.

No era entonces de mí de quien aquél anónimo se había enamorado, sino de toda la humanidad.

Hoy ha sido un gato gentil el que me ha dado una lección; anteayer fué el perro; mañana será el gorrión o el canario. Hasta la araña, colgando el otro día una tela delante de una puerta de mi casa para que yo tropezase con la cabeza y arruinase su primer trabajo de la mañana, me ha hecho pensar, siendo así que aun la araña tiene alguna cosa que decirme.

Un día me lo dirá. Y yo quizás, ya sé lo que puedan decirme aquellas criaturas grandes y pequeñas.

Sin sombra de duda me dirán que solamente el rey de los animales desde siglos va gastando el buen humor de todos sus súbditos; que ciertamente es el hombre de las fieras la más feroz, y que las otras criaturas cuando no se sienten aguijoneadas por el hambre, están solamente dominadas por el miedo que les inspira el hombre-rey. Y entonces, en legítima defensa, ofenden.

Si el hombre se humilla un poco, si el soberano ama un poco a sus súbditos, todo cambia en derredor suyo; vuelve el paraíso a la tierra, donde los canoros pajarillos dicen el epitalamio a las humanas nupcias.

Pero el hombre tiene otras cosas en que pensar para preocuparse de perdonar al ternero, al gato, al corderito condenados al matadero. Tiene que defenderse a sí mismo de cualquiera otra fiera humana. En la hora de la primer comida, otro gato se ha asomado esta mañana a un cuarto donde se aloja unanidad de otros semejantes suyo.



Ese gato es un atorrante. A veces pasa una semana sin dejarse ver por mí; después llega y se presenta más flaco que el hambre. Es completamente negro, y nadie me quita de la cabeza que ha sido el hijo predilecto de la gata negra, la que hoy lo recibe sin entusiasmo; pero tampoco lo rechaza. Aquel atorrante es muy joven y puede proveer a sus necesidades. A menudo en el jardín se pone en acecho de las lagartijas, y sabe buscarle la vuelta a un ratón campestre. No ha venido, pues, a tomar su parte de comida; quizás está aquí solamente para trabar relación con sus hermanos interinos; permanece durante corto tiempo en compañía de ellos y nada dice: yo le presento la comida, pero él la rechaza sin siquiera olfatearla. Y se va, mi atorrante, flaco como antes, hambriento más que nunca, pensando que a él, gato joven y fuerte, no le es lícito tocar la comida preparada para otra gentecita más necesitada que él. Cuando la madre haya dado toda su ternura a sus hijuelos, que han aprendido de ella las proezas de la campaña, los humildes deberes de la casa, el aseo de la persona, las gracias que embellecen la vida, las astucias que la confortan y la alegran, pensará que aprenderán mejor lo que la natura, madre de todos, tiene aun que enseñarles.

Que si el hombre no se declara enemigo, la buena gata se hará también ella educadora de numerosa prole, hasta que no se encuentre un ser malo que le arroje una piedra o le pegue un garrotazo.

Pero sus hijos varones tendrán una suerte más desgraciada; concluirán ellos en la cacerola de un mentiroso fondista de la ciudad y serán presentados con apariencias de liebres, cocidos de igual manera. ¡Pobre humanidad decrépita todavía y siempre pequeña!

No ha despuntado aun el día y el rey del gallinero lanza al aire su alegre diana. Es el suyo un grito diverso al de cualquier otro gallo. Ronco en un principio, después estridente y agudo que llega lejos. Queda unos minutos en silencio, esperando una respuesta que él solamente entiende, que quizás no le ha sido dada; repite el grito por tres veces.

Una gallina clueca y todos sus pollitos han despertado; tres gallinitas rubias se han echado para poner el huevo de la vigilia; la blanca se reserva para ponerlo mañana que es Navidad; las dos negras giran por el patio buscando un lugar seguro para su prole, esperada inútilmente. ¿Y por qué inútilmente? Porque sus huevos de todos los días se los quita siempre una mano ladrona.

¿De quién? Del ogro.

Otro inquilino del gallinero ya está lejos; va por los surcos del huertecillo, quiebra con el pico puntiagudo las capitas de hielo y muchas veces descubre debajo de ellas un sabroso bocado. Aquél audaz es un gallito; le sonríen todas las promesas del amor y ya le son notorios los enojos inútiles de su viejo rival. Es bello como un sol, al decir de las gallinas, y él lo sabe. Hoy el gallo viejo y la vieja clueca parecen confabularse en silencio; después, escarbando, llaman a su lado a los inquilinos del gallinero. He aquí, han llegado todos; también el gallito. Entonces dice el gallo gravemente:

«Habéis oído ayer las campanas? Hoy sonarán todavía más largamente. El año pasado en este día había nevado. Hoy solamente es hielo, sin nieve; pero es la misma cosa; cuando las campanas suenan así es de mal agüero. A mí no me harán daño, estoy casi seguro, y ni tampoco a ti, vieja mía, que haces de madre a pequeñuelos que no te pertenecen; pero por ustedes (y diciendo esto mira a sus amigos primero con un ojo, después con el otro) tengo miedo... ¿Habéis puesto el huevo?» Las gallinas dicen que lo han puesto: y el gallo calla el resto de su pensamiento que es angustioso, templado por escasa esperanza. Mirando fijamente con un ojo a su joven rival, siente piedad por él.

«Tú, si quieres hacerme caso, trata de esconderte. Salta el cerco, escápate y no vuelvas jamás».

Pero a las gallinitas, aquella



piEDAD se les antoja que son celos, y así también al gallito bello como un sol.

Al primer toque de las campanas, la gata negra no se ha movido siquiera del calorito de la estufa, pero sus nacidos del año anterior están despiertos desde hace una hora; ya se han ido en busca de comida y de amor por los tejados. Ahora al sonido violento de todas las campanas han descendido al jardín, tratando todavía de hallar un poco de comida y de amor. También la gata negra se ha despertado de nuevo. Se dirige primero al patio para sus necesidades íntimas y he aquí que ve a sus tres hijos y maullando llora a un querido ausente que fué el marido en una grata hora, que fué el padre arrancado a las filiales caricias en una mala empresa... del ogro.

«¿Oís las campanas? — dice la gata madre en tono de amonestación. — ¿Las oís? Siempre que han sonado así, una gran desgracia me ha herido; mis hijos varones murieron todos; una vez tuvo la misma suerte también una gentil mujerzuela; el año pasado fué mi colorado, tan astuto como el hombre, con sus lindos bigotitos puntiagudos, iguales a los que tiene el hombre; así él, mi colorado, fué maltratado y muerto.

— «¿Y por quién? ¿Y qué le han hecho?»

La gata no vió quién hizo el mal; pero ella ha reconocido la piel colgada de un clavo y, a pesar del condimento, ha reconocido también en la cacerola a su perdido amor.

— Háganme caso; si queréis conservar la piel, evitad la cocina del fondista de al lado; yo temo que todo el mal que nos pueda sobrevenir se prepare allí dentro.

Mimo, un gatito blanco con manchas anaranjadas, deja de alisarse el lomo, levanta la graciosa cabeza y dice:

— ¿Dudaría de los hombres, mamá? A mí me gustan mucho.

Y efectivamente es así. Mimo se abandona en los brazos de todos al solo llamado; busca las caricias de las gentes, se tiende a los pies de todos y muestra la barriguita blanca como la nieve.

— Porque tú eres más gordo que tus hermanos, porque eres el preferido del hombre, por eso tú me causas más pena que los otros. Tened cuidado; estas campanas que tocan a fiesta, han sido siempre el anuncio de muerte para mi familia. Si os gusta la vida, que es tan bella, bajad en seguida a la cantina o subid sobre los tejados; volved aquí ya entrada la noche.

Aquella madre negra sabe dar muchos consejos, encontrando energía para darlos en su propia experiencia; hasta señalarles a sus hijuelos los peligros de la caricia humana.

Mimo se rebela. La humanidad es su pasión; restregarse contra las piernas de un hombre amado, dejarse tomar la cola por una gentil mano de mujer, desaprisionarse con gracia y darse vuelta en seguida para hallar pronta la caricia debajo del hocico, sobre la cabeza, sobre el lomo, es para él su mayor felicidad.

— ¿Qué sería del gato sin el hombre? — dice Mimo.

La madre negra no sabe qué responder. Y verdaderamente es cierto: el hombre alguna vez es bueno; pero el ogro no.

En el patio anda otra gente minúscula; no toda es miedosa. Por ejemplo, el perrito se siente seguro de sí mismo y no desconfia de nada, ni de nadie. Con el ojo entreabierto, el oído atento, sabe que dentro de algunos instantes el hombre se acordará de él para llevarle la comida. Las ratas, encontrándose seguras en las galerías cavadas por sus habilidosas uñas, asoman el hociquito bigotudo, adivinando lo que se prepara para su enemigo el gato. También las palomas mueven sus alas tan seguras que desafiarían la piedra del pilluelo, aunque en el patio hubiera tantos pilluelos como piedras hay en él.

Y los gorriones han bajado de los tejados, donde esconden su amor, para platicar al sol confiados en sus plumas, de tal manera que casi podría decirse que no creen en la existencia del mal.

¿Quién les enseñará a desconfiar de los agujeros que han construido debajo de las tejas, donde la uña del gato jamás llega?

Mas el ogro no está lejos.

Ha salido apenas el sol, y el ogro ha hecho ya sus víctimas. En la cocina de la casa el gallito, cuyas plumas han sido arrojadas al muladar, entreabre con dificultad sus párpados redondos como lentejas para contemplar la desgracia infinita que le ha tocado. Sólo unas pocas plumas color de oro, que lo hacían bello como el sol, quedan para dar testimonio de su pasado esplendor.

En la temida cocina de la fonda de al lado sucede algo peor: los gorriones, cazados a traición, en el plácido sueño, colgados de un clavo del techo formando un racimo enorme, ya no sueñan más. Y los gatos no miran con ojos de deseo a esa presa sabrosa, porque dos de ellos han sido degollados; sus pequeñas pieles, todavía envueltas, dentro de poco serán extendidas al sol de diciembre.

¡Ay! Mimo se halla entre las víctimas del ogro. ¿Y quién es el ogro? Ni tú ni yo. Nosotros amamos los animales, que en el amor y en el sufrimiento tanto se nos asemejan.



SALVADOR
MARINA
DIBUJOS DE
FRIEDRICH

CIUDAD

Por

FERNÁNDEZ
MORENO



PINOS

En la quinta de enfrente hay unos pinos abandonados, que a luz del sol nada dicen al alma... Pobres pinos, a cuyos troncos ávidos no viene el beso de humedad de las acequias.

No para ellos la tierra removida ni la hábil tijera podadora, que todo es poco para las lechugas y los crespos repollos... Es inútil que los rugosos troncos lagrimeen resinas de oro por la Primavera ni que el viento, al pasar entre sus ramas, les arranque quejidos musicales...

A sus pies se amontonan los cascotes y sus ramajes crecen libremente.

Pero cuando la noche y las estrellas descenden a sus copas olvidadas, se hace en ellos milagro de armonía, adquieren una gracia geométrica y uno sueña en los clásicos jardines: Pincios y Bobolies y Aranjueces.

Cuando a altas horas de la madrugada torno a mi casa con el ceño áspero, gusto de contemplar mis cuatro pinos. Toda ira interior se desvanece y ya en la cama es infantil mi sueño.

DIA DE DIFUNTOS

Los cementerios de Buenos Aires están repletos de huesos.

Cada pueblito cercano también tiene un cementerio.

El mundo es como un tejido de cementerios y de pueblos.

La Tierra negra se viste blanca camisa de huesos.



REZO

HORA

De una y media a las dos. Empiezan los Cafés a quedarse sin gente.

Los mozos, negros y amarillos, o bajan las persianas con un ruido que ensordece o levantan columnas de sillas sobre las mesas, apresuradamente.

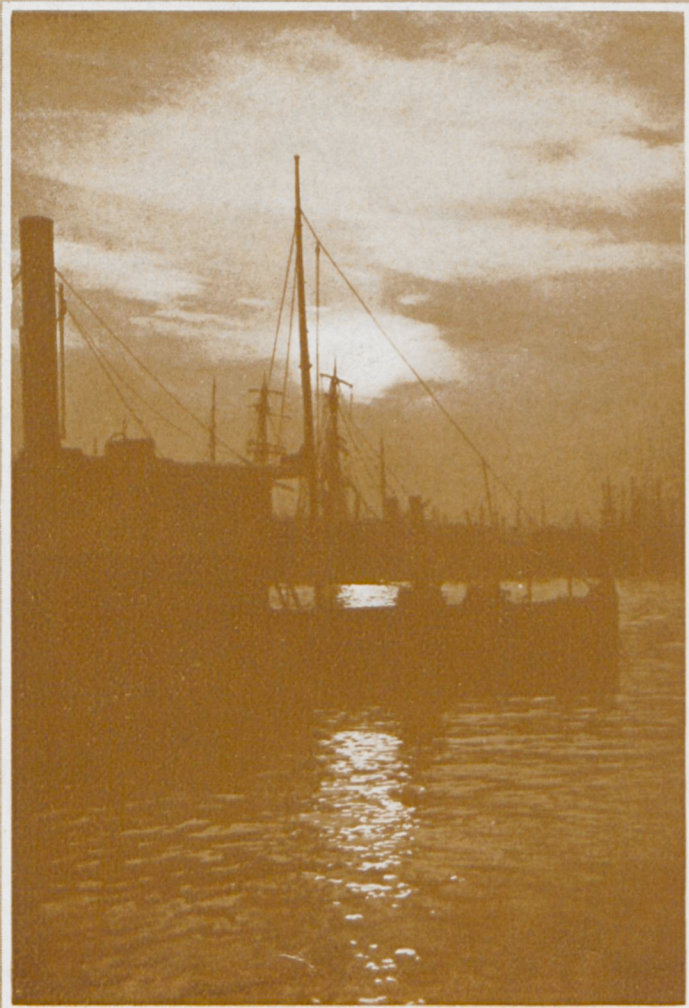
Flanqueadas de sus papás, puros polvos y coloretos, pasan las violinistas, casi tísicas, amortajadas en sus oropeles. Los exiguos estuches bajo el brazo, anticipos de féretro parecen.

Es hora de morir. Las hojas, nunca, como a esta hora, se desprenden... Desde el alto balcón de una rama se ha suicidado una pareja verde.

Hora en que se fuga el último amigo y el tranvía no viene; y en que toda huesos y sábana blanca muy formal, a mi lado, camina la Muerte.



La · tarde · en · el · puerto ·



Fot. de Arcas





ARTE NACIONAL

PELANDO LA PAVA

ACUARELA DE J. SOTO ACEBAL.





Las costas pintorescas

El comercio de naranjas

Por

VICTOR MONTAGNE



Los grandes ríos americanos tienen su belleza propia, característica, señalando una marcada diferencia con la generalidad de los ríos europeos. Las arterias de nuestro continente esconden sus manantiales en apartadas comarcas, más allá de las selvas, de los desiertos y países ignotos, en las reconditeces que pueblan las razas aborígenes. Así el extenso y caudaloso Paraná, a cuyo álveo afluyen mil distintas corrientes de aguas con las que se nutre y renueva constantemente, alimenta y vigoriza su cuerpo de gigante en un infinito número de fuentes, arroyos y ríos que manan sus aguas en muy distanciados parajes, abarcando la amplitud continental que separan por un lado las sierras orientales del Brasil y por el otro las altas cumbres de la cordillera andina.

El viajero consciente, que pasea la mirada a lo

largo de las costas, por sobre las barrancas y los montes que bordean este inmenso río, a poco de admirar la grandiosidad del panorama que se descorre ante sus ojos, presiente el impulso poderoso que viene de lejos y de lo hondo de la tierra labrando sin cesar la ruda corteza del planeta. Son las aguas obreras infatigables, artistas creadoras y demoledoras, que sin detener jamás su acción, modelan incesante y caprichosamente el paisaje de las tierras que atraviesan.

Igual que ellas, la humanidad vive y se agita impelida por un ideal de belleza y amor, con el que guía al mismo tiempo el estupendo y complicado dinamismo que es su propia existencia.

Y es contemplando el grandioso cuadro que presentan las costas fluviales, desde el Plata hasta las nacientes del Paraguay y Paraná, que se apre-

cia con entusiasmo la lenta y sabia labor del hombre en su múltiple y variada manifestación. Allí, sobre aquella loma extendida, donde hace apenas un cuarto de siglo fincaba un rancho solitario, hoy se levanta orgullosa alguna villa o ciudad bullendo la vida a su alrededor, en las campiñas doradas por las mieses y sobre el río poblado de embarcaciones que van y vienen conduciendo la producción de los campos y de la industria. Desde el formidable y luciente transatlántico que viene de las Indias o del Canadá, hasta la jangada que baja las aguas arastrada por la corriente, los botes pescadores, la ágil chalana, la canoa a nafta de los isleños, el ferry-boat y la primitiva balsa para vadear, todo pasa de continuo siguiendo la interminable ruta de las costas que embellece la majestad del río y la bóveda azul del cielo.

Pero a medida que nos internamos, subiendo el rumoroso caudal de las «canchas» paranaenses, vamos alejándonos del tráfico universal, del bullicio portuario y naviero, apartándonos asimismo, aunque paulatinamente, de los grandes núcleos de población que el progreso ha escalonado sobre las riberas de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes. Más allá del hermoso lugar en que se besan las aguas del Alto Paraná y del Paraguay, trasponiendo Las Tres Bocas y continuando la visual recreativa sobre el nuevo panorama que se abre en el ambiente subtropical de las costas chaqueñas y paraguayas, la naturaleza y las cosas manifiestan en un orden muy distinto y bajo un sosiego y tranquilidad que encantan los sentidos.

El río Paraguay posee características propias. Remárcase su individualidad en la paralela de sus costas, las que por largos trayectos conservan una igual distancia y dejan amplio espacio para el pasaje de la corriente. Es éste un río de líquido turbio y de bajas riberas amuralladas por la selva umbrosa. Recorre su camino con andar lento y suave, recostándose y explayándose amoroso bajo la fronda lujuriente que lo ciñe. Con sus aguas templadas baña las tierras rojas que atraviesa, alimenta la maravillosa vegetación boscosa de los naranjos y da vida en su seno pletórico a la extraordinaria fauna que singulariza el acorazado yacaré.

El paisaje ribereño, de ambas márgenes argentina y paraguaya, presenta un gran atractivo porque une a la nota alegre y riente de todo lo que tiene animación y color, el tono continuado, triste y severo de la selva impenetrable que por un lado se extiende hasta perderse de vista. Bruscamente, al monte sucede una que otra villa o caserío, con los ranchos diseminados en pintoresco desorden, algunos de ellos hundidos en los pajonales bajos y anegadizos, extraviados en el intrincado matorral que defienden las espadañas y la paja brava.

Próximo a las poblaciones, en los senderos que corren serpenteando las barrancas, se ven pasar caravanas de mujeres y chicos que van montados en burritos. Son gentes campesinas que llevan a los mercados de los pueblos el producto de sus chacras y quintas. A menudo acontece ver a mujeres, hombres y chicos del pueblo bañándose tumultuosamente bajo la sombra de árboles centenarios. Y cuando el navío pasa recostándose en las playas, cerca de los bañistas, grupos de chiquillos desnudos se echan a correr sobre la are-

na locos de alegría, saltando y brincando con los brazos en alto. Gritan jubilosos:

—¡Naranjas!
¡Naranjas! ¡Una naranjitaaa!

Y es que sus ojos avizores descubren la franja roja que denota al codiciado fruto estibado en la cubierta y altas toldillas del vapor. Pasajeros y tripulantes, solícitos a la demanda, tiran al aire unas cuantas frutas que van a rodar sobre la arena o se precipitan en las ondas que lamen la playa. Los pedigüños al verlas, irrumpen alborozados, y sin reparar en riesgos ni peligros se arrojan al agua, en donde bregan, luchan

animadísimo y contentos por arrebatarse la sabrosa y apetecida presa.

Escenas como éstas se reproducen constantemente a lo largo de la costa paraguaya.

También es un espectáculo pintoresco el que se observa casi todos los días de estada en puertos naranjeros. Centenares de cargadoras, entre las que se cuentan viejas octogenarias y pequeñas de ocho o diez años, acarrear sin cesar el rojo y exquisito fruto del naranjo que los carreteros han volcado, momentos antes, en la ribera o muelle. Y mientras las mujeres van y vienen atareadas, llevando sobre sus cabezas el almud de naranjas, las tropas de carretas, arrastradas por bueyes criollos de origen cebú (extremadamente cuerudos y «guampudos») bajan por los caminos que conducen al puerto en hileras interminables. Tropas y más tropas llegan a cada instante. El conjunto forma una dilatada caravana, rumorosa como un trueno sordo y lejano. Por las calles de arena vecinas al puerto y en las playas de trabajo, el polvo se levanta envolviendo y ocultando en una niebla espesa, bruñida, el movimiento de carros, la agitación de bestias, hombres, mujeres y chicos que faenan sudorosos hasta la caída de la tarde.

Con los últimos resplandores del sol que se ahoga en desmayos de luz violácea y cárdena, desaparecen poco a poco el color y los múltiples detalles animados que presenta durante el día la siempre variada y bella perspectiva de las costas paraguayas.

Durante los nueve meses que abarca el parto prodigioso de la floresta de naranjos, vese año tras año a la trajinante carreta naranjera circular con asiduidad por los laberínticos senderos del interland paraguayo. Cinco mil frutas hacen la estiba de oro de su precioso cargamento. Y se cuentan por millares los vehículos de esta naturaleza que van y vienen de los montes a los puertos o estaciones ferrocarrileras, en donde se embarca y expide el producto para las ciudades del estuario. Además de la consumación que hace el pueblo, la zafra paraguaya y correntina producen doscientos cincuenta millones de naranjas, motivando un gran tráfico de trenes especiales, vapores, blandras y bastimentos de todas clases.

A pesar de esta enorme sangría, la selva cálida y nivea de los azahares, la insondable floresta que parece embriagar a las estrellas con la expresión sutil y penetrante de su perfume, alfombra el húmedo suelo con las naranjas y flores que el viento suelta al correr juetón y caprichoso entre el ramaje umbrío, pletórico de savia.

Un millón y medio de naranjas sobre el muelle de Villeta



BUENOS AIRES ANTIGUO

NOCHEBUENA

Los chicos de la ciudad colonial recorrían las calles como bandadas de gorriones, buscando sus pupilas inquietas donde posar su alegría, excitados sin duda por la presencia de la bíblica leyenda infantil. Los escaparates de las jugueterías, eran los encargados de retener aquella ola rumorosa, que se absorbía en la contemplación del establo sacro de Belén.

Las montañas azules de Galilea, admirablemente evocadas en cartón, por donde descendían majestuosamente los tres magos de oriente en sus dromedarios, recubiertos de oro, púrpura y plata, seguidos de brillante cortejo que venían para adorar al rey de los reyes que acaba de nacer y que duplicaba armoniosamente el espejo de los lagos simulados; juntamente con las palomas de Judea, los olivos inclinados y las vaquitas inmaculadas.

Todo ello exaltaba las imaginaciones tiernas de los niños, dando realidad a las palabras de la abuela, cuando les adormecen sus cuerpecitos traviesos, a compás de la ingenua narración cristiana.

El aniversario del advenimiento de Jesús se celebraba riosamente en los comienzos de nuestra emancipación política; no había casa en donde no se festejara ese acontecimiento religioso; los clásicos pavos se tenían en preparación largo tiempo, una vez sacrificados se les rellenaba para ofrecerlos opíparamente a los invitados a la cena de Navidad. Todo concurrente aportaba algo a aquellas mesas familiares de medianoche: como vinos, licores, frutas, confituras, habanos, etc.

La misa del Gallo era el toque de atención para esas amables reuniones. Parientes y amigos se encontraban citados en las naves de los templos; terminado el oficio divino partían en caravanas interminables, llevando el bullicio a todos los ámbitos de la ciudad, ya que era Nochebuena y, por lo tanto, noche de no dormir.

Esta fiesta de Navidad que llega año por año a los hogares trayéndoles siempre su frescor de juventud, puso su nota triste en el recio caserón de Marcial Alvarez de Córdoba, dueño y señor de inmensas tierras.

Poseía todo lo necesario para formar una familia respetable, ya que sólo se había encontrado en el mundo desde temprana edad, pero prefirió mariposear en torno de todas las bellezas de su tiempo, sintiéndose feliz con ser protagonista de conflictos amorosos, cuyo desenvolvimiento no afectaba en nada su libertad individual.

El casamiento inesperado de su íntimo amigo Francisco Ortiz, le vino a privar de su mejor compañero, al que solamente veía por las tardes, y eso no todos los días.

La víspera de Navidad, Francisco presentóse en casa de Marcial cargado de juguetes, a invitarle a cenar en familia, invitación que Marcial desechó, pretextando encontrarse indispuerto. Francisco insistió, relatando pormenores del árbol que esa noche reuniría en gran cantidad a los amiguitos de su hijo; hablaba con tanto entusiasmo de la Navidad, de la importancia de los juguetes que se rifarían, del cariño de su mujer y de la alegría de su hijito con la fiesta en perspectiva de animarle, que en vez le desanimaba a presenciar esa comunión de afectos íntimos.

Su temperamento mundano no se avenía a esa clase de expansiones.

Rehusó terminantemente acceder al deseo de Francisco.

Habíase quedado Marcial algo preocupado con la felicidad actual de su ex compañero de andanzas; después de comer dió un corto paseo en derredor de la mesa y fué a sentar con toda negligencia en un amplio sillón curial, contemplando indiferente las espirales de humo que arrojaba a bocanadas de su excelente habano.

Los ecos lejanos de una serenata y un seguido rasgueo de bordonas le incorporaron de la somnolencia en que yacía; dirigióse a una ventana que estaba abierta desde donde se abarcaba un inmenso panorama. Era una noche límpida y serena, una de esas noches claras de estío en que la naturaleza en flor desprende sus mejores perfumes y multiplica sus jazmines bajo el cielo estrellado... Vibraban los rabeles, explotaba la pólvora, tronaban las panderetas y las campanas tocaban a glo-

ria: Cristo redentor, el hijo del hombre, el rey de los reyes, ha venido al mundo y la cristiandad le celebra entusiasmada entre fiestas, cánticos y salmos.

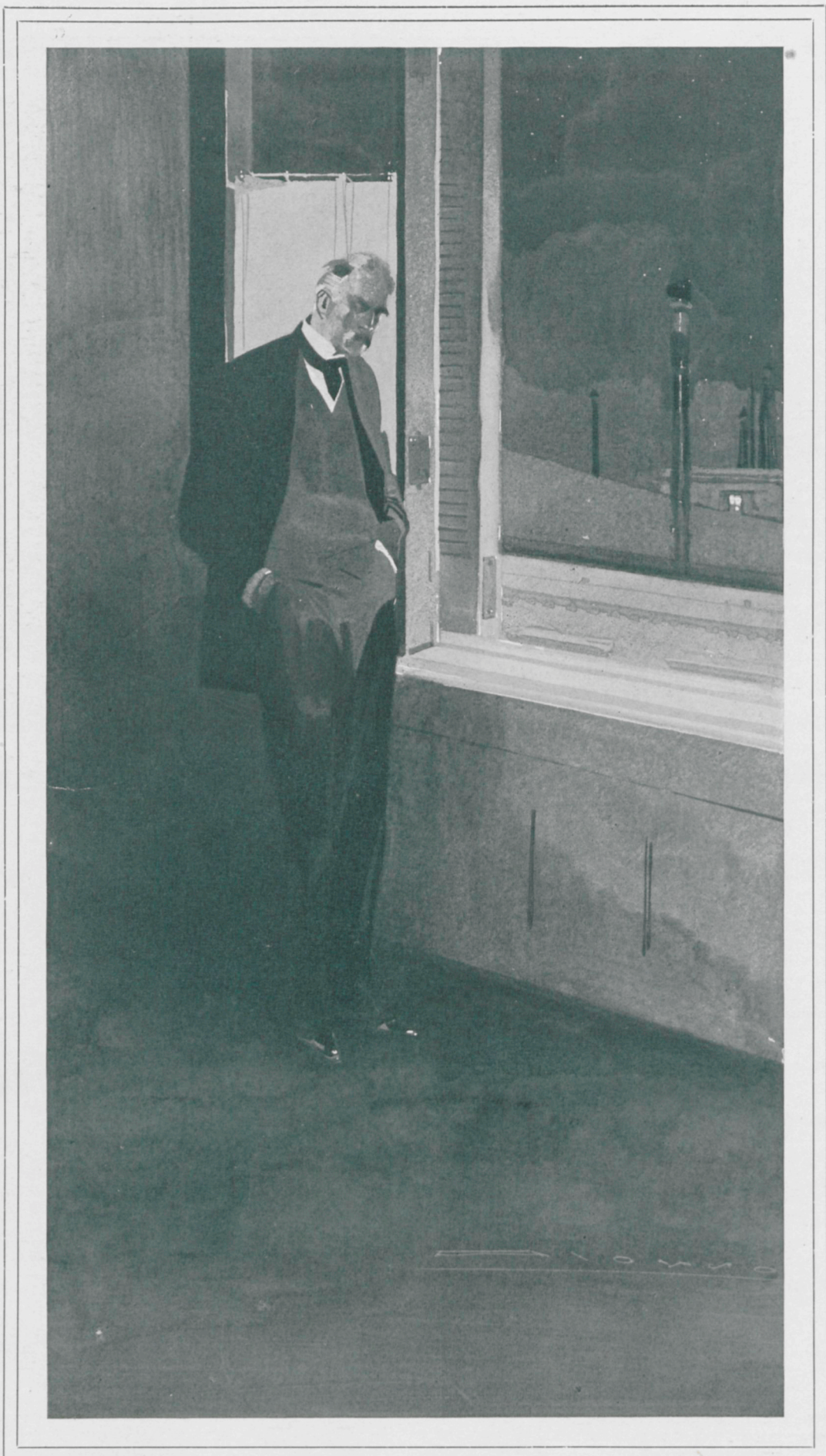
Frente a la ventana de Marcial, una familia de artesanos, se ha reunido en torno de un blanco mantel. El padre y la madre beben el vino alegre con los hijos. El anciano abuelo ríe sin saber por qué, mientras humedece unos bollos en un gran vaso de leche; los nietecillos más pequeños se pelean continuamente al repartirse los turrone y el mazapán. Aquella escena sencilla provocó en Marcial una sensación de aislamiento, que no tardó en nublar sus ojos y anudar su garganta, comprendiendo íntimamente que la fortuna no detiene los años, que si al principio los hace correr más vertiginosamente, es para volverlos después más lentos

y pesados. Comparaba su felicidad con la del viejo abuelo... cruzando por su imaginación de solterón empedernido, el recuerdo de Elisa, la mujer que le había amado por sobre todas las mujeres que había conocido su corazón veleidoso, que sediento aún más de aventuras le llevó a Europa, apartándole sin piedad de aquella pasión que le ofreciera la vida... Ella, cruelmente decepcionada, aceptó un matrimonio de conveniencia y sin amor.

Las armonías de esa noche bulliciosa llegaban en tropel hasta su ventana solitaria, trayéndole desprendido de todo otro recuerdo aquel gran cariño que como un amargo reproche a su desdén, le envolvía en esa hora de tristes añoranzas, en un vago y suave calorito de hogar!...

DIBUJO DE ALONSO.

JUAN CRUZ OCAMPO.



Páginas

El desfile de autos y de fiacres, se sucede sin descanso... La temperatura realmente abrumadora de las últimas noches obliga a todos los habitantes de Cosmópolis a esa incesante peregrinación, pero como esta Dama Duende, tan andariega en otras estaciones, tiene muy poca fe al alivio que pueda ofrecernos el ir y venir en derredor de los lagos, invadidos por una concurrencia casi compacta, y huye con terror de las fatigantes excursiones por el Parque Japonés, ha tomado la sabia resolución de quedarse muy tranquila en casa, abiertos de par en par los balcones de su saloncillo, disfrutando así de la deliciosa vecindad de los jardines que rodean su «home» y que le prestan perfumado cortinaje de rosas y jazmines, para la pequeña terraza que limita sus dominios.

En el saloncillo circular, se charla de todo un poco, gracias a la presencia de mis viejos amigos, que se despiden de nuestros bridges semanales, seducidos por el miraje de Mar del Plata, u obligados a realizar la ineludible visita a la estancia. La alegría de nuestro reducido círculo, mi rubia Mary, nos ha servido el café, con desusada gravedad: no es ya el canario prisionero que recorría a saltitos mi saloncillo, mientras preparaba nuestra partida habitual... el año que termina, es para ella la iniciación de su existencia de mujer, y el luminoso círculo de mi lámpara de trabajo, presta reflejos más dorados aún, a su encantadora cabecita, que al lado del enérgico perfil del que ha sabido conquistarla, se inclina con toda la coquetería de que es capaz, una novia de veinte años...

—¿Ha hecho usted su balance del año? — me pregunta con fina ironía mi excelente amigo Juan Manuel. —¿Qué provecho ha sacado usted amiga, de tanto sermoncillo, o de tanta cátedra, como se estila decir ahora?

—Búrlense ustedes cuanto quieran, pero déjenme la ilusión de creer que he podido hacer algo bueno, censurando las modalidades de nuestra sociedad, y como mis críticas han sido maliciosas, pero sin entrañar jamás un sentimiento de amargura ni de crueldad, creo no haber herido a nadie con mis apreciaciones, y que por consiguiente han de acompañarme más simpatías que rencores, al emprender el año más de vida, que parece concederme aún la voluntad divina. Un año más de vida... ¿qué acontecimientos podría ofrecer a nuestra insaciable curiosidad, el nuevo film cuyas escenas han de elevar nuestro corazón, u oprimirlo con indecible angustia?

Lorenzo protesta malhumorado ante la perspectiva de abordar temas abstractos, y le apoyan Jaime y Mary, parejita que juzgarán ustedes excepcionalmente disciplinada, porque suelen intervenir en nuestra charla, a pesar de la relativa independencia que se les concede.

—La vida es un film, madrina, pero realmente maravilloso! — asegura ella, que no alcanza a ver más que las brillantes facetas de la existencia; — y usted a quien tanto preocupan ciertos misterios de nuestro destino, no sé cómo no ha comentado la fantástica leyenda, vivida por la que es hoy una de las figuras femeninas más altamente colocadas en nuestros círculos mundanos y oficiales...

Mary nos ha recordado oportunamente el tema que podía sernos más grato en estos momentos, por más que la despedida pudiera traernos algún eco de la romanza «Partir, c'est mourir un peu...» pero en este caso, se trata de vivir, y de vivir una vida intensa, disfrutando de todos los halagos de una situación privilegiada... La que supo provocar las delirantes ovaciones de los públicos más exigentes del viejo mundo, la que ha sabido conquistar después, y llevar con tan serena dignidad uno de los apellidos más ilustres de nuestro país, asume hoy nuestra representación, en el luminoso centro que atrae y fascina como ninguno otro en el mundo entero, y que ha de recibirla con la desconsolada nostalgia de su arte maravilloso, pero también con la respetuosa consideración que se debe a la gran dama que encarna el espíritu selectísimo y las exquisitas cualidades de la portefa de alta alcurnia; al hacerla tan suya nuestra sociedad, supo ella identi-



SEÑORA REGINA PACINI DE ALVEAR, ESPOSA DEL NUEVO MINISTRO ARGENTINO EN PARÍS.

ficarse en absoluto con las señoriles tradiciones de su casa y de su rango. Esperemos que no ha de ser muy larga su ausencia, pero si hemos de prestar crédito al comentario, he de repetir con él, que hay encantadoras que no ordenan, pero que insinúan... y que si poseen el don de transformar una Intendencia en Ministerio, fácil les será llegar — una vez cumplido el plazo obligado — a la más alta situación oficial del país...

Lo curioso es, dice uno de mis viejos edecanes, que vivamos protestando contra el positivismo de la época, pero si nos detuviéramos a analizar muchos de los acontecimientos sociales del año transcurrido, habríamos de convenir en que nos queda aún, a Dios gracias, buena dosis de sentimentalismo: noviazgos sensacionales, llenos de incidentes novelescos, severas oposiciones, que como es de práctica precipitan el temido desenlace; bodas principescas, bodas irrespectadas, rompimientos comentados hasta el infinito, y luego muy quedo, el susurro de tal o cual divorcio...

Hemos vivido ¡qué duda cabe! intensa vida sentimental; y apesar de sus ineludibles contratiempos, mucho puede esperarse aún, de los que encaran la existencia, guiados únicamente por el ideal de un afecto verdadero... y ese es mi mejor augurio para ustedes, lectoras y amigas mías, y también el último consejo del año... que sean norma de nuestra existencia, los afectos leales, profundos, y sobre todo, desinteresados!...

LA DAMA DUENDE.

COLOQUIO DE LA PRIORA Y LA OBSERVANTE

Doña Isabel de Vargas se llamaba la Priora y doña Catalina de Salazar se llamaba la Observante. En religión, Sor María del Divino Amor la una, y Sor María del Amor Hermoso la otra. Entrambas a dos elegidas de la celeste gracia, dechados de virtud y edificación de todos.

Era la hora en que terminada la refacción postrera, tenían aquellas buenas descalzas, según la regla de la Orden, el tiempo de su recreo vespertino. En la huerta, las novicias, como blancas palomas, reuníanse bajo los

cipreses y la inspección de su directora. Las profesas paseaban emparejadas bajo el largo emparrado que bordea la tapia, y la Priora y la Observante dejaban transcurrir su rato de reposo en la celda rectoral, que estaba en el segundo piso del convento, y desde cuyas ventanas percibíase, de un lado, la huerta conventual y la llanura del campo, y del otro, las calles de la villa. Era una tarde amena, escondíase un sol propicio a las jácaras y no a las elegías, y finábase un día veraniego, caliente, dorado y alegre como el vino castellano de Rueda.

—Dígame Vuestra Reverencia, madre — comenzó diciendo la Observante: — ¿deberé confesar como pecado el haberme despojado del cilicio estos días? Fray Diego es tan escrupuloso.

—Hermana — contestó la Priora: — esta es falta menor si seguís cuidando de la mortificación del espíritu.

O. — ¡Ay! el enemigo me acecha.

P. — Será tal vez el pícaro demonio de las burlas.

O. — No, madre. Es el peor de los demonios. El del recuerdo.

A esto la Priora santiguóse y dijo: — El cándido Cordero de Dios nos acompañe.

O. — Madre: vos fuisteis gran lstrada en el siglo. Y recuerdo que la santa madre y el santo padre Fray Juan de la Cruz teníanos en gran estima y os ponderaban con extremo.

P. — Vanidades de la tierra, mi hija. Eso no añoraremos más, y Dios sea servido.

Y las manos abaciales movían las gruesas cuentas del rosario, que sonaban unas con otras como tablillas de lazario.

O. — ¡Ay, madre, feliz vos! Diréos que he tenido antinocche un conato de disipación. Díome el intento de escribir unas glosas.

P. — ¿Glosas de qué y a quién? Místicas y divinas, por de contado.

O. — No lo fueran y cortara mis manos Reverencia. Pero, ¡ay! que mientras las escribía vinieron fantasmas del siglo a visitarme.

P. — Hermana: tornad a vuestro cuerpo el cilicio. Diez años ha que vivo en esta santa casa, y diez años ha que escribí mis últimos versos.

O. — ¿Son esos que en papel amarillento ya y con tinta que pierde el color vi el otro día?

Femeninas

P. (Con cierto sobresalto). — ¿Dónde? mi hermana.

O. — Entre las hojas del *Libro de María Egipcíaca*, que me hicisteis merced de prestarme.

P. — ¡Ah!

O. — Placiéronme, y los recuerdo. Titúlense, veréis: *El blanco rosal que se deshoja*.

P. (Entre una sonrisa y un suspiro). — Es verdad. Un soneto.

O. — Os mostraré que me lo sé hasta el fin. Escuchad si es así. (Detiénese un punto, toma memoria, y con suave y reposada voz, comienza a recitar:)

Mi corazón es un rosal florido,
Un frondoso rosal de blancas flores:
Vos lo sabéis muy bien, que habéis cogido
De sus últimas rosas las mejores.

Si una bárbara mano le menea,
Su flor responde al enemigo gesto.
Cuando alguien con guijarros me apedrea,
Con pedrea de rosas le contesto.

Pero, ¡ay! pobre rosal de triste suerte,
Entre la vida y vos, sois más que el fuerte
Vendaval de las furias repentinas,

Y como vais, crueles, deshojando
Sus flores poco a poco, van quedando
Solamente en sus ramas las espinas.

Y terminando la Observante su declamación, quedaron las dos en silencio y con los ojos humillados.

P. — ¡Ay, hermana! Soy ahora yo quien doblará sus cilicios. Es cierto que el demonio del recuerdo ha hecho presa de vos.

O. — Pero, madre, puesto que de diez años a esta parte no habéis vuelto a escribir...

La Priora, como enojada con tales discursos, cogió al azar un *Eucologio* de sobre el bufetillo contiguo, y comenzó a leer o a fingir como que leía. La Observante, para imitarla, cogió del mismo lugar un *Libro de horas*. Y quiso tal vez el pícaro demonio de las burlas que lo abriese por donde había un blanco papel, en cuya cabecera, con tinta que se veía fresca y reciente, estaba escrito: *Soneto*.

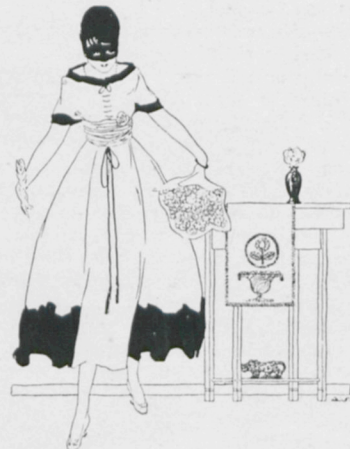
Advirtiéndolo la despierta Sor María del Divino Amor, y dijo al punto:

— Veis que como los años han hecho borrosa la lectura del que sabéis, tomé partido de trasladarle a ese nuevo papel.

La Observante no quiso ser indiscreta para inquirir si ciertamente trataba de copiar aquellos antiguos y dolientes versos de melancolía, o de escribir otros nuevos, iruto de última inspiración. Pero aunque lo hubiese querido hubiera sido inútil, porque en esto sonó el grave tintineo de una campana que anunciaba que el tiempo del recreo había dado fin, y por entre los senderos del huerto, bordeados de boj y de romero, tornaban a la casa las novicias como un blanco rebaño, y las madres graves pasaban del emparrado al claustro bajo ya silenciosas, porque la parleta había concluido.

La Observante no tuvo más remedio que abandonar el *Libro de horas*, porque la Prelada había salido de la celda, y avanzando por la galería, que ya la luna acariciaba, marchaba con reposado y triste andar a la capilla, para presidir a las buenas religiosas en la oración nocturna.

PEDRO DE RÉPIDE.



De Emma de la Barra de Llanos



A dirección de esta «página femenina» ha recibido una carta de la distinguida literata argentina doña Emma de la Barra de Llanos que, al regresar a la patria trayendo la visión de los horrores de la guerra actual, se ocupa de la mujer en una forma que nos ennoblecen. La sección femenina honra sus columnas con tan inteligente colaboración; y al agradecerla hace constar que no le corresponden los elogios tributados a la incógnita colaboradora que firma sus crónicas con el clásico pseudónimo de La Dama Duende.

Señora Belén de Tezanos de Oliver.

Señora:

Hace dos meses, durante la travesía desde Europa a Buenos Aires, encontré abordado del «Reina Victoria Eugenia» algunos números de PLVS VLTRA, y en ellos leí las opiniones emitidas por un grupo de señoras de esta sociedad, contestando a la encuesta abierta por usted sobre el tipo femenino predilecto. Y hoy, que me hace usted, señora, el honor de pedirme unas líneas para la sección que dirige con tanto talento, encubierta tras la gracia de la Dama Duende, no necesito esforzarme para hacer recuentos de votos y constatar que las preferencias estaban con Juana de Arco; tan compacta era la mayoría.

Esta marcada predilección por la heroína que trocó el cayado por la espada, impone el recuerdo de los millones de mujeres que realizan hoy en Europa una misión no menos heroica, y me señala, al escribir para compla-



cerla, el tema que plantea la intervención femenina en las tareas que estuvieron reservadas al hombre.

Tema es éste que en las naciones comprometidas en el conflicto que vemos desarrollarse y crecer con estupor, ha tomado una importancia que no obscurece ni siquiera la magnitud de la guerra, ya que emana de la guerra misma.

¿No cree usted, señora, que bien podemos pensar que, bajo la imposición de las terribles circunstancias actuales, alcanzaremos a ver las dos cómo las sociedades toman desvíos involuntarios y forjan sus ideales con elementos morales distintos?

Naturalmente, lógicamente, la mujer deberá sufrir e intervenir en estas trascendentes transformaciones. Y ya la estamos viendo, — ¡vengo de verla tan de cerca! — fuera de sus viejísimos hábitos, tomar puesto en las agitaciones y esfuerzos de la existencia que mueven actividades más allá de los muros del hogar.

A principios del año transmitía el telégrafo a todas partes la noticia de que Mr. Lloyd George había nombrado a una señorita inglesa directora de su ministerio. Días después aparecía en las revistas europeas el retrato de la linda muchacha de 26 años, de grandes ojos y cabellos rizados.

Más tarde un colega del gran ministro lo imitaba. Desde antes, mujeres por millares iban substituyendo en todas las posiciones y responsabilidades a los ciudadanos llamados bajo las armas, y que hasta entonces les habían pertenecido a ellos exclusivamente. Ahora van siendo aceptadas ya con carácter permanente. El rol de la mujer como entidad militante en las actividades era muy discutido, pero he aquí que estalla la guerra, y en todos los países que ella abarca demanda el esfuerzo máximo de las energías nacionales. La movilización cada vez más completa, hasta comprender las últimas reservas, abre blancos innumerables en las filas del trabajo y es la mujer quien los llena, respondiendo a las urgencias con una dedicación que toca los límites del sacri-

ficio, y que pisó hace rato los de la abnegación. Sobreviene luego la siega, superior a todo cálculo, que la pelea hace en los ejércitos y se evidencia de golpe una realidad con proyecciones precisas en el porvenir de la paz: muchos cientos de miles serán los hogares en que la mujer deba convertirse en jefe de familia, porque el padre, el esposo, el hermano o el hijo habrán desaparecido.

Empieza así a mirarse bajo una luz favorable y simpática el problema femenino, y es justamente hoy, cuando la mujer ha llamado la voz de sus reivindicaciones, olvidando toda teorización para darse en cuerpo y alma a sus nuevos deberes, que surgen espontáneos desde las esferas oficiales y entre la aprobación general, distintas iniciativas y declaraciones tendientes a afirmar definitivamente su situación, que se ha venido estableciendo naturalmente al conjuero de circunstancias dolorosamente oportunas.

Sólo una catástrofe tan honda, como para modificar por su propia gravitación las orientaciones más que seculares del pensamiento y la moral predominantes, podía en verdad crear una atmósfera propicia al reconocimiento de una nueva posición para ella.

La evolución determinada por los acontecimientos que nos llenan de horror, han afirmado, pues, rápidamente sus capacidades para substituir al hombre en las actividades de la vida. La fuerza de los hechos ha sancionado las teorías que se habían venido manteniendo como una simple aspiración.

Hoy la mujer no es la rival del hombre; el tipo desahogado que solía hacer sonreír. Es su compañera en la más noble concepción; es aquella a quien puede él confiar el destino de sus hijos antes de partir para el horrible campo de la muerte.

He ahí porque mi corazón, de mujer también, la sigue enternecido en su admirable rol de reemplazante. He ahí porque me parece en la paz y en la guerra la figura más alta y más edificante. Usted, mi distinguida señora, debe sentirlo como yo, y es por eso que la saludo con toda simpatía.

EMMA DE LA BARRA DE LLANOS.

EL ORIGEN DE LOS CRISANTEMOS

El crisantemo, cuyo nombre significa flor de oro, es originario de la India, aunque sea en el Japón donde su cultivo haya sido perfeccionado hasta multiplicar a miles sus variedades.

Hace siglos que un comerciante de Marsella, llamado Pedro Luis Blancard, introdujo de China las primeras plantas, pero el crisantemo recién empezó a ser adorno de los jardines en el año de 1830, y el ponerse de moda se debió a un soldado veterano de las guerras napoleónicas establecido en Toulouse.

El viejo soldado, paseando por el jardín público de la ciudad, recogió las semillas que dejaba caer una planta; las llevó a su casa, las plantó, y a la estación siguiente su jardín llamó la atención de sus vecinos por la belleza de las flores.

Los jardineros empezaron a preocuparse de la nueva planta y a extender su cultivo hasta ponerla de moda.

Hace algunos años que un jardinero francés, Roberto Fortune, logró comprobar que, por un secreto que no querían revelar los japoneses, obtenían todos los años variedades nuevas de crisantemos, y probando logró saber que el secreto no consistía sino en plantar semillas de cada planta, las que a cada generación dan lugar a una nueva variedad.

Hoy el cultivo de miles de variedades de crisantemos es fácil a los jardineros del mundo, ya que no hay país donde no haya sido explotada la flor de oro.

ORIGINALIDAD

Del culto a nosotros mismos deriva la primera cualidad que distingue la Elegancia: el ser cada uno original.

Comienza por fijarte en el origen de la palabra Elegancia. Viene del verbo latino *eligere*, que significa *escoger*.

Los hombres vulgares, sin lastre de valor propio, confunden la Elegancia con la imitación servil. ¿No oís como el vulgo, al hablar de distinción, alude casi exclusivamente a la Moda, es decir, a la copia?

La moda, la copia, es el escamoteo del yo, el respeto a lo de los demás, el desprecio de mí mismo. El modisto A, teniendo en cuenta las líneas de la condesa B, crea un traje para esta temporada. Sale en las Revistas. Y yo, que me considero una tonta y una nulidad, acomodo a mis líneas aquel traje hecho para la condesita. Es un homenaje ridículo que rindo al modisto y a la condesa y un desprecio a mi cuerpo, que pide su traje.

Cada hombre debe ser original. Cada mujer, sobre todo. La Elegancia no es la Moda,



EL JURADO ELEGIDO POR LA BIBLIOTECA DEL CONSEJO NACIONAL DE MUJERES PARA EL CONCURSO LITERARIO ANUAL, EXCLUSIVAMENTE FEMENINO. DE IZQUIERDA A DERECHA: SEÑORITAS ADELA GRAMAJO Y EMILIA ARNING FRÍAS; SEÑORAS SILVIA VICTORIA DE GARCÍA, CAROLINA L. DE ARGERICH, SEÑORITA MARÍA DE GUERRICO, CARMEN NAVARRO VIOLA Y SEÑORA STELLA MORRA DE CÁRCANO. EN CÍRCULO: SEÑORAS MERCEDES M. DE DE BRUYN E HILDA VIEYRA DE DÍAZ VALDÉS.

SONETO QUE MERECIÓ EL PREMIO "CARMEN S. DE PANDOLFINI", OFRECIDO POR LA DONANTE AL MEJOR SONETO DEDICADO A LA MEMORIA DE LA ILUSTRE MATRONA CHILENA DOÑA EMILIA HERRERA DE TORO.

Lema: FRATERNIDAD

A LA SEÑORA DOÑA EMILIA HERRERA DE TORO

SONETO

Hermano de mi patria en ideales,
Hay otro pueblo de brillante historia,
Que tiene por testigos de su gloria,
Los Andes con sus picos colosales.

Nacida en esa tierra generosa
Y arrullada por bellas tradiciones,
Fué creciendo al calor de bendiciones,
Una mujer que a la virtud endiosa.

Su techo hospitalario fué el abrigo
De ilustres argentinos desterrados
Que hallaron a su lado un suelo amigo.

Y en nombre de esos nobles expatriados
Hoy canto su bondad y la bendigo
Rendida ante sus restos venerados.

MARTA SALOTTI.

sino una categoría independiente y eterna. La Elegancia ha de hacerse original, teniendo en cuenta la manera de ser de mi cuerpo y de mi persona. En los gestos, en el traje, en la pose, es necesario ser original. Y no sólo respecto al ser de cada uno, sino aun respecto al ser de cada uno en cada circunstancia de lugar, tiempo y ambiente.

Horacio nota esta cualidad de una manera gráfica, en su Arte Poética: La faz de la Elegancia no es igual en todos, pero tampoco es diversa. Se parecen y se distinguen como hermanas. Esto es: La Elegancia es una; pero la originalidad la concreta en distintas fisonomías, que se parecen y se distinguen a la vez.

Esa originalidad es hermana de la naturalidad. La Elegancia no es copia afectada, sino fresca y viva emanación. No es vidriosa pintura, sino lozana realidad. Quien se exprese con naturalidad y lozanía, tiene mucho ganado en el terreno de la Elegancia.

Dije naturalidad, y no quisiera se interpretase esta palabra en un sentido bajo. Hay groserías muy naturales. Sancho Panza es un buen hombre grosero, con sus atisbos de malicia. Quiero decir que no se copie, que no se imite servilmente; que no demos rienda suelta a los bajos fondos, por naturales que ellos sean. Para expresarnos mejor, diríamos que seamos «libres, arbitrarios». Por tanto, ni copistas de lo de los demás, ni abandonados a los movimientos internos.

De lo dicho se deduce que son para nosotros verdaderas ridiculeces esos Códigos de nimiedades que algunos autores quisieran imponernos.

No. La Elegancia es substancia, no es detalle, y menos detalle copiado.

Visitando hace poco un Colegio inglés, tuve ocasión de despedirme de dos docenas de señoritas con las cuales había alternado unos días. Y pude observar que ninguna de ellas me despedía de igual manera, y que en todos estos distintos modos de decir adiós, brillaba el más puro y delicado buen gusto.

Nada, pues, de codificar la cortesía en estrechos artículos. Nada de elevar a principio una serie de bagatelas, muchas de ellas de pésimo gusto, que quieren complicar inmoderadamente la vida, convirtiéndonos en autómatas. Ni en la cantidad ni en la calidad de consejos hemos de ir por ese camino, que revela en quien lo sigue inopia intelectual y alma vacía.

La etiqueta palaciega, hecha para un centenar de individuos, puede darse a la manía de detallar. La Elegancia no es la etiqueta, y aun a veces viven de espaldas estas dos señoras.

SUZANNE D'ORLEY.



Un asiduo con-
sumidor de los
Bizcochos Canale

La colonización española nos trajo capitanes y ascetas. Siglos aquellos, —xvi y xvii,—de conquista y de religión, gloriosos en Flandes y en Pavia, en Lepanto y en San Quintín, y hechos piedad suprema en la virtud de Teresa y San Juan de la Cruz,—tenían que reproducir en América aquella edad dichosa y feliz de España en que,—lo asegura Menéndez y Peláyo,—el entusiasmo religioso y la inspiración divina de los cantares se armó con la exquisita pureza de la forma traída por los vientos de Grecia.

Mientras Pizarro somete a los emperadores del Cuzco y Cajamarca y crea el despotismo de los encomenderos, Alonso de Urbina asienta en Potosí los sillares del primer templo católico. Era de este jaez, como la espada y la cruz se unían en estrecha comunión para asegurar en los reinos nuevos el poder de Castilla. Soldados y apóstoles, generales y mitrados, aventureros y cenobitas, eclosionan como nueva simiente por toda la meseta, desde Lima hasta Charcas. La advocación de Asís desparrama prosélitos por selvas y montes. San Francisco Solano deja el rastro de su coturno en las arenas de la altipampa y su sangre en los espinos de la selva tropical. Las órdenes y las compañías religiosas, se disputan la gloria en la fastuosidad de los templos. Franciscanos, renuevan el arte bizantino en la basílica de Copacabana. Jesuitas, picados de supremacía arquitectural, gastan un siglo en levantar el santuario de Pomata.

El apresuramiento de alzar la cruz sobre el dominio de las armas, no dió tregua para reparar en la pureza de los estilos. Frailes sapientes, dieron las líneas capitales para la estructura de los templos. Pero donde entraba la piedra de cantería, labrada a conciencia, no era la vida del geómetra proyectador, la que alcanzaba a ver la clave del crucero. Prosecutores inconscientes, pusieron, casi siempre, su nota grosera sobre la divina idealidad que preconizó la arquitectura religiosa. Tal, la Matriz de Potosí, donde el arquitecto Sanauja puso la nota vigorosa del orden compuesto, mano profana malogró después la armonía del conjunto con la abominable belleza del altar gótico, las torres tímidas y la aridez del frontón.

El choque de estilos produjo, a veces, la nota original y pintoresca.

Y por cierto que no es extraño en las ciudades bolivianas el templo de regios

DEL ALMA COLONIAL



LA PAZ. — FACHADA DE SAN FRANCISCO.

portales en donde el helénismo básico, combina con el rococó moruno y el molito regional.

San Francisco de La Paz, es uno de los más soberbios templos de Bolivia. Se comenzó a erigir a principios del siglo xvii, durante el virreinato del príncipe de Esquilache, un Francisco de Borja, poeta galanteador y místico de breviario, a la vez. No obedece este templo a ningún orden fijo, y, sin embargo, es una maravilla su fachada. Campea el griego en su conjunto exterior y en las columnas de sus naves.

Pero lo esencial era el fausto de la obra, a trueque de la pureza lineal. Pepas lucientes daba el Chuquapu para fundir ofrendas y turibulos; argento, en azuloso rosicler, volcaba la montaña para encharpar el cedro de los altares. Y eran las sierras vecinas generosas con sus pedernales para dar bloques a la herramienta del escultor. Y mil brazos de «mitayos» amasaron la cal que eternizaría los sillares de la casa de Dios...

Y así, bajo el peso de su ejecutoria, va pasando los siglos la iglesia máxima de La Paz.

Treinta años hace que el pincel lapidario trabaja en La Paz la gran catedral del más noble corintio, nota de renovación que anticipa la agonía del templo viejo.

Y así va todo en esta pintoresca capital. La edificación moderna arrasa con el arcaísmo encantador que perpetuó la casa colonial. El barrio adornado, que vivifica con rosales la melancolía del extramuro, abatió las murallas del caserón para delinear canteros ingleses. El «renaissance», el suizo, el «chateau» normando, enseñoreados de las fincas en las avenidas excéntricas, anuncian el triunfo del europeísmo arrollador. Pero las viejas casas de la ciudad aún conservan sus patios tradicionales, rumorosos y sombreados, y sus balcones de vitrales, floridos siempre.

¡Ah!... ¡Dejadme vagar por las calles, sumido en la añoranza del tiempo viejo perpetuado en la virilidad de la sangre, la poesía de las cosas y el misterio de la religión!... Aquella iglesia me habla de los señores de vara y golilla, que digerían su chocolate matinal en el silencio de la nave. Pero esta calle me informa de un drama pasional que tifaron de sangre cuatro infancias... Y aqúeste balcón toledano me habla de una suave romanza que confió a la luna un galante trovador...

W. JAIME MOLINS.

LOTERIA NACIONAL

SORTEOS DEL MES DE ENERO

El 9 de \$ 200.000, su valor, billete, \$ 42, décimos, \$ 4.20; el 16, de \$ 100.000, billete, \$ 21, quinto, 4.20; el 24 y 31, de 80.000, billete, 15.75 y quinto, \$ 3.15; a cada pedido añádase \$ 1 m.n.; exterior, \$ 3.

Giros y Ordenes a **BELLIZZI Hnos.**

CHACABUCO, 131 - Buenos Aires.

NOTA. — Recomendamos a nuestra distinguida clientela, fijarse en el programa de la Provincia, mes de enero, el 5 de 50.000 \$, billete 10 \$, quinto 2 \$; el 13, 20 y 27 de 20.000 \$, billete 5 \$, quinto 1 \$; añádase para gasto lo mismo que a la Nacional.

¿TOMA Vd. MATE?

ESTE INVENTO ES PARA Vd.



Ningún éxito es duradero sino es unánime, y unánime ha sido la aceptación y el voto de aplauso tributado al

Calentador-mate "AURELIO" (ESPECIAL PARA VIAJE)

Lo prueba las numerosas ventas efectuadas, especialmente entre oficiales del ejército y viajeros. ¿Por qué? Porque este nuevo invento resuelve el problema de tomar mate en cualquier parte que uno se halle, sin molestia alguna. Los que viajan en tren, a bordo, o van de paseo, tienen en el CALENTADOR-MATE "AURELIO", un verdadero auxiliar de sus distracciones. Es sólido, elegante, de pequeño volumen, fabricado en metal blanco plateado, inalterable, y va colocado en un bonito estuche. Recomendarlo al público es contribuir a la difusión de un invento que, por su utilidad práctica, se hace indispensable a toda persona aficionada al mate.

Su precio es de \$ 14.—



Yerba-mate "AURELIA"

La más pura y deliciosa yerba paraguaya
Vale \$ 1.20, el kilo.

Pídanse prospectos a:

ERNESTO MAPELLI — "Emporio Paraguayo"
CARLOS PELLEGRINI, 234, BUENOS AIRES - U. Telef., 1899 (Libertad)

UN GRUPO DE ELEGANTES DE PAHANG



PROCEDIMIENTO QUE EMPLEAN PARA ALARGAR EL CUELLO, COMO SIGNO DE BELLEZA.

Si entre los médicos o curanderos indígenas de Malaca hay algún apóstol de la higiene — ¿dónde no existen higienistas dedicados a predicar en el desierto? — no hay duda que tiene donde perder la cabeza haciendo campañas contra una moda perniciosa.

Porque — véase el fotograbado — el bello sexo de aquella península asiática sabe donde le aprietan los collares en cuestiones de elegancia. En materia de llamar la atención y ponerse linda, el buen gusto femenino es muy elástico. Lo que a las mujeres les resultaba gracioso hace diez años, ahora les parece ridículo. Y de la misma manera que el tiempo, las latitudes hacen variar de opinión a casi toda la bella mitad del género humano.

Esta costumbre de las mujeres malayas se pierde en la noche de los tiempos, de donde nunca debió salir. En cuanto las niñas llegan a los cinco años, los papás dan comienzo al suplicio, sin que por esto se crean padres desnaturalizados. La cosa es fácil: se encarga a un herrero un collar metálico de las dimensiones convenientes: unos centímetros más estrecho y largo que el cuello.

Aquí se toca la primera ventaja de tal método: toda niña que resista a la estrangulación, vivirá más que la señora de Matusalén.



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.— m/n.
Semestre (6).....	6.— »
Año (12).....	11.— »
Número suelto.....	1.— »

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	» 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

-PLVS VLTRA-



Está comprobado que no hay nada que pueda sustituir para las neuralgias, jaquecas, dolor de cabeza, a la

NEVRALGINE MERICI

Un solo sello quita el dolor en 10 minutos.
EN LAS BUENAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS

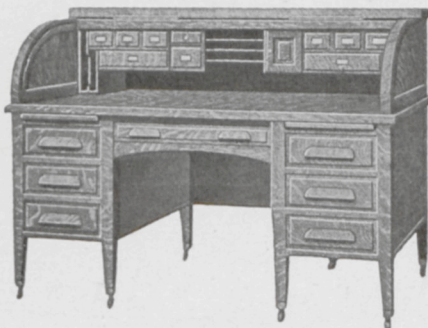


La Giralda

(Comercio de Modas - Sociedad Anónima)

Ropa elegante para
señoras y niños.
Precios moderados.

Carlos Pellegrini, 539
Buenos Aires



Muebles

norteamericanos
para escritorios.

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios, Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestíbulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

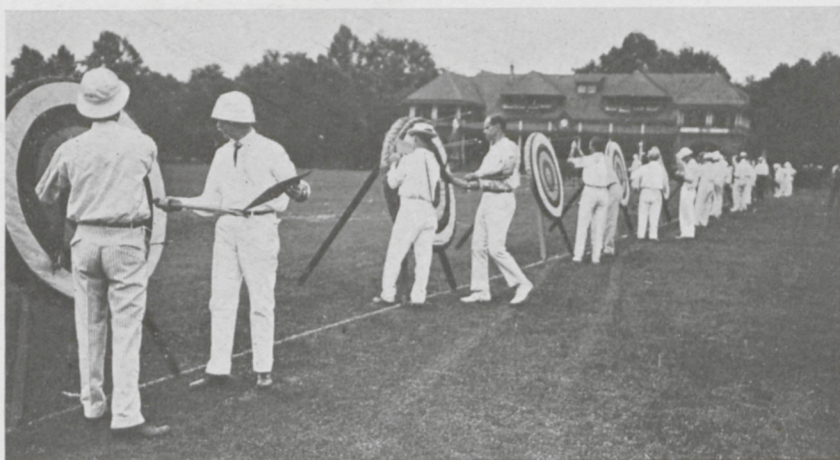
“La Continental” - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

EL SPORT DEL ARCO EN LOS ESTADOS UNIDOS



MRS. E. YROUT, PRESIDENTA DE UN CLUB DE MUJERES, DISPONIÉNDOSE A TIRAR.



EXAMINANDO LOS BLANCOS DESPUÉS DEL TIRO.



MRS. T. T. PEKHAN, GANADORA DE VARIOS PREMIOS.

Después de inventada la pólvora, el verbo flechar fué perdiendo poco a poco su significado, quedando solamente en uso para el lenguaje del amor. Flechar y enamorar son sinónimos, y hasta en las sesiones de tiro al blanco las mujeres y los hombres se flechan, bajo la custodia de Cupido el flechero y ciego niño.

Los anglosajones, sin embargo, tan amantes de la tradición, han intentado siempre conservar el cariño al arco, convirtiendo el mortífero ejercicio en un sport.

Y ahora, mientras el mundo se dedica a practicar o mirar el espantoso sport de la guerra, en Estados Unidos se multiplican los clubs de arqueras y de arqueros y casi no hay ciudad que no tenga un campo destinado a ese ejercicio.

Verdaderamente este ejercicio constituye un sport que poco debe envidiar a los mejores. La fuerza y la destreza se armonizan en él y el cuerpo humano adquiere gallardía y flexibilidad.

Tal vez parezca pueril esta ocupación que los nuevos arqueros norteamericanos comparten con las tribus salvajes que aún emplean



MRS. R. P. ELMER, CAMPEÓN FEMENINO.



MRS. J. M. MANSER, TIRADORA DISTINGUIDA.

la flecha como arma mortífera, pero es indudable que a los otros sports también se les pueden poner las mismas tachas. Cada uno de ellos presenta defectos que sus cultores no tienen en cuenta para nada.

Las fotografías que reproducimos dan idea de lo pintoresco que resulta un campo de tiro. Este es de Haverford, Pensilvania, donde se celebró hace poco un torneo, en el que tomaron parte numerosos clubs de arqueros, ganando los campeonatos nacionales la señora R. P. Elmer y su esposo.

Entre los numerosos tiradores que lograron distinguirse haciendo magníficos blancos, están la señora E. E. Yrout, presidenta de uno de los más célebres clubs de arqueras; la señora T. T. Pekhan, que ganó diversos premios; la señora J. M. Manser, flechera eximia; y J. Fuxton Have, el temible footballer, que se ha convertido en un arquero de sorprendente destreza.

Indudablemente este ejercicio, que tiene la ventaja de ser baratísimo, pues las flechas sirven infinitas veces, resulta un buen entrenamiento para el tiro al blanco de fusil; ejercita la vista y da vigor a los brazos.

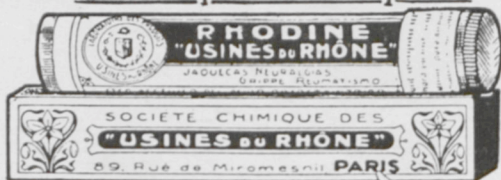


CONTANDO LOS PUNTOS.

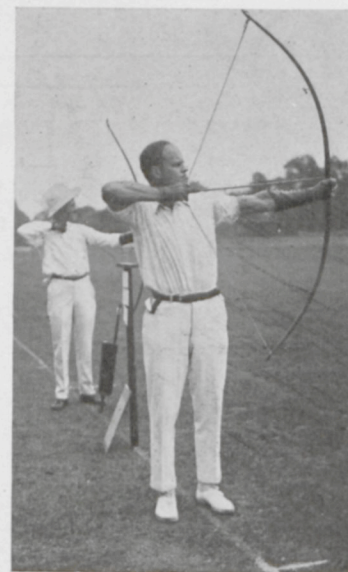
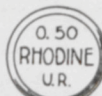


DOCTOR R. P. ELMER, CAMPEÓN DE ARCO.

Tubos de 20 comprimidos de 50 centigramos de
Rhodine
 Superior al producto Alemán.
 - Unicos comprimidos puros
 no manipulados en plaza -



Curan SIN CANSAR el ESTOMAGO:
 Grippe-Influenza-Reuma
 Dolores de Cabeza. Todas las Neuralgias.



J. FUXTON HAVE, GRAN JUGADOR DE FOOTBALL Y AHORA GRAN TIRADOR DE ARCO.



La juventud que se prolonga; la belleza que ni se marchita
ni se aja es la que tiene por base a la salud perfecta.
IPERBIOTINA MALESCI, conservando los nervios fuertes
y la sangre pura, conserva la juventud y la belleza.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia)
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

M. C. de MONACO

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina
Viamonte, 871 - Buenos Aires



PHILIPS

MEDIO WATT

lmparitas de____
____alta calidad

Fabricantes: PHILIPS' METALLIC-GLOWLAMPWORKS, LIMITED, EINDHOVEN (HOLANDA).

Unicos agentes: BOSCO, VILA & MARZONI, PARANA, 220 - BUENOS AIRES.



EL REGALO
DE NAVIDAD
LA MUÑECA
DESEADA

Plus Ultra